



The Library  
of the  
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic  
and  
Philanthropic Societies

~~8628~~  
~~T 255~~  
~~v. 17~~



REC 4  
PQ6217  
.T44  
vol. 17  
no. 1-12



a 00002 33995 4

PQ6217  
T44

THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE  
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC  
SOCIETIES

**BUILDING USE ONLY**

---

PQ6217  
.T44  
vol. 17  
no. 1-12



SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

---

# LA ESCONDIDA SENDA

COMEDIA EN DOS ACTOS



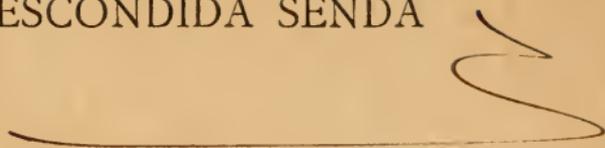
MADRID  
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES  
Núñez de Balboa, 12

1908

Copyright, 1908,  
by S. y J. Álvarez Quintero.



LA ESCONDIDA SENDA



---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

---

# LA ESCONDIDA SENDA

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

---

Estrenada en el TEATRO LARA el 24 de Marzo de 1903



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 SUP.º

Teléfono número 551

—  
1903

# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

MARÍA LUZ.....	Nieves Suárez.
DOÑA ANICETA.....	Balbina Valverde.
JULIANA.....	Leocadia Alba.
OLIMPIA....	Mercedes Pardo.
VICENTA.....	Rosario Toscano.
ROSITA.....	Mercedes Latorre.
EMILIO.....	Ricardo Puga.
DON LAUREANO.....	José Rubio.
DON MANUEL.....	Ricardo Simó-Raso.
RICARDO .....	Ramiro de la Mata.
ACUÑA.....	Salvador Mora.
BENJAMÍN.....	Alberto Romea.
EL CARTERO.....	Antonio Suárez.





## ACTO PRIMERO

---

Salita de entrada en la casita de campo de don Laureano Peñafior, situada en Valle Sereno, al Norte de España. Tres puertas de diferentes proporciones las tres: una á cada lado y otra á la derecha del foro. Junto á esta, y ocupando casi por entero la pared, un gran mirador de cristales. A través de ellos, se descubre en parte el jardín de la casita, y á lo lejos se ven las montañas cubiertas de verdura. Pocos muebles, de caña y de mimbre todos ellos. Un perchero. En el mirador, persianas verdes, recogidas. En las paredes, pintadas de un solo color, de tono suave, algunos cuadros de escenas campestres. Es al medio día.

Doña Aniceta y Juliana colocan sobre una mesita un servicio de café para dos personas.

Doña Aniceta es la suegra del dueño de la casa. Lleva el manejo de ella, en su opinión de un modo irreprochable. Juliana es la criada de confianza. Se va á casar muy pronto, cosa que no esperaba nunca, y tiene ciertas pretensiones.

D.<sup>a</sup> ANIC. Ayer, agua de castañas, y hoy, tinta china.  
¡Cuándo te quedarás en el justo medio!

JUL. Cuando usted me enseñe á hacer café. ¿No ve usted que no lo he hecho nunca?

D.<sup>a</sup> ANIC. Mal se conoce, si lo has hecho. Avisa á don Manuel y al señor.

JUL. ¿En dónde están?

D.<sup>a</sup> ANIC. En el jardín. ¿O es que quieres que yo les avise? No puedo con las remolonas. ¡Ay!  
¡Había que verme á mí á tu edad!

JUL. Pues si yo llego á la de usted, puede ser que no gruña tanto.

D.<sup>a</sup> ANIC. ¿Cómo se entiende?

JUL. Asomándose al jardín por la puerta del foro, y llamando. ¡Señor! Ya está el café servido. Espera á que lleguen y pasen don Laureano y don Manuel.

D.<sup>a</sup> ANIC. Vamos á zurcir medias y calcetines. Estos nietos míos tienen un pincho en cada pie. Se sienta junto al mirador á hacerlo. Coge un calcetín y asoma un dedo por la punta. ¿Eh, qué tal? ¡Eche usted tarea! Consecuencias del andar por el campo y de las alpargatas.

Salen por la puerta del foro don Laureano y don Manuel.

D. LAUR. Pasa, hombre, pasa; déjate de cumplidos.

D. MAN. Chico, la costumbre. Dispensa.

JUL. Aquí está el servicio completo. A don Manuel con mucho agrado. No le he puesto á usted el azúcar, porque ayer no ví si lo toma dulce ó amargo. Lo que sí he procurado es que esté cargadito; como le oí decir que le gustaba.

D. MAN. Muchas gracias, mujer.

D.<sup>a</sup> ANIC. Anda, anda á tu obligación y no charles tanto.

JUL. ¡Jesús! Hasta luego. Le hace un mohín á la vieja y un gesto de afabilidad á don Manuel, y se va por la puerta de la derecha.

D.<sup>a</sup> ANIC. Si el hablar fuera pecado, al infierno iba esa.

D. LAUR. ¡Je!

Don Manuel y don Laureano se han sentado á tomar su café. Ambos camaradas pasan ya de los cincuenta años. Don Laureano es un hombre bonachón, calmoso; de aspecto saludable. Don Manuel es un infeliz, nerviosillo é inquieto. El uno viene de camisa floja, sombrero de campo y alpargatas; el otro viste con traje de americana corriente y gorra.

D. MAN. ¡Ay, doña Aniceta! ¡Qué bien viven ustedes!

¡Qué bien se está aquí! ¡Qué hermoso es esto!

D. LAUR. Ya, ya te irás enterando. Aún no has empezado á tomarle el gusto. Si llegaste ayer por la mañana ¿qué sabes tú dónde has caído? Ya verás, ya verás. Manuel, esto es la gloria.

D. MAN.

*¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido...!*

— D. LAUR.

*¡Y sigue la escondida  
senda por donde han ido...!*

D. MAN.

*¡Los muchos sabios...!*

— D. LAUR.

Los pocos sabios, hombre.

D. MAN.

¿Son muchos ó pocos?

— D. LAUR.

Pocos, pocos. Los sabios son pocos.

D.<sup>a</sup> ANIC.

Y los tontos muchos.

D. MAN.

*¡Los pocos sabios que en el mundo han sido!*

— D. LAUR.

¡Qué contento estoy! Me has dado con venir el alegrón más grande de mi vida.

D.<sup>a</sup> ANIC.

Sí es verdad: puede usted creerlo. Soñaba este hombre con tenerlo á usted aquí siquiera quince días.

— D. LAUR.

Como que no es pasión de propietario, Manuel: no es porque yo haya hecho aquí mi retiro; pero te aseguro que no hay en todo el Norte de España, ni lugar como este de Valle Sereno, ni casita como mi casita, con ser tan modesta.

D. MAN.

A decir verdad, de todo cuanto yo conozco, y he viajado mucho por estas provincias, nada he visto más pintoresco.

D.<sup>a</sup> ANIC.

Es una bendición de Dios.

D. MAN.

¡Dice usted que soñaba su yerno con que yo viniera!... Yo sí que soñaba con este par de meses aquí, en medio del campo; junto á un amigo de toda la vida, probado mil veces, hasta pidiéndole dinero, que es la piedra de toque; lejos de Madrid, aquella Babel, aquella gran charca, capaz de envenenar con su aliento á los hombres más puros.

— D. LAUR.

Mucha, mucha verdad.

D.<sup>a</sup> ANIC.

Cuéntemelo usted á mí: allí se me enredó mi marido—Dios lo tenga en su gloria—con una... con una... á quien Dios no tenga en su gloria. Y no por rencor, ¿eh? sino porque sé que en seguida vuelve á buscar á mi marido.

— D. LAUR.

Mamá suegra, por Dios, ¿celos de ultratumba? Yo no he visto nada más gracioso. Y á tí ¿qué te pasa, que te has quedado de pronto serio como un poste?

- D. MAN. Mirando alternativamente al yerno y á la suegra. ¡Ay!  
Voy á abrirles á ustedes mi pecho.
- D. LAUR. Me alarmas, tú. ¿Es que tienes algún pesar?
- D. MAN. Uno, que me llega muy hondo.
- D. LAUR. ¿Hola? Bajo, aparte. ¿Te la ha pegado la Remedios?
- D. MAN. Lo mismo. ¡No, hombre! ¿Ni cómo iba yo á contar delante de tu suegra...?
- D.<sup>a</sup> ANIC. Le advierto á usted que yo no me asusto de nada.
- D. MAN. ¿Se ha enterado usted?
- D.<sup>a</sup> ANIC. Sí, señor: tengo un oído muy fino.
- D. LAUR. Sigue, sigue tú.
- D. MAN. Laureano: señora: lo que tanto me preocupa es muy serio. Ustedes conocieron ayer á mi sobrino Emilio.
- D.<sup>a</sup> ANIC. Tuvimos ese gusto.
- D. MAN. Si yo me hubiera casado alguna vez, y hubiera tenido un hijo varón, no lo querría tanto como á él lo quiero. Es hijo de una hermana mía muy desgraciada; vive conmigo desde que era así; yo lo he criado; yo le he dado carrera; yo lo he enseñado á trabajar; yo lo he hecho hombre... Mi bufete será para él cuando yo me canse... Es mi debilidad, mi único cariño, en una palabra.
- D. LAUR. Y él adora en tí; ya lo he podido ver.
- D. MAN. Ciertamente: me quiere y me respeta mucho. Pues bien: este muchacho, listo, guapo, de excelentes condiciones morales, con un gran porvenir en la vida, adolece de un defecto gravísimo: el de poner su corazón, que es de lo más sensible que he visto nunca, al alcance de cualquier mujer que lo mire dos veces con los ojos tiernos. Hasta ahora, mal que bien, había escapado con fortuna de las muchas aventuras galantes en que se ha metido; pero ¡ay! al fin y al postre, como les ocurre á todos estos mariposones volanderos, le han echado la zancadilla, y ha venido á caer en lo más malo: en mitad del barro de la calle.
- D. LAUR. ¿Pues?

D. MAN. ¡Se me ha enamorado neciamente de una mujercuela!

— D. LAUR. Bajo, como antes. ¿De tu amiga?

D. MAN. Lo mismo ¡No seas majadero!

D.<sup>a</sup> ANIC. ¡Qué cosas preguntas, Laureano!

D. MAN. ¿También ha oído usted eso, señora?

D.<sup>a</sup> ANIC. Yo lo oigo todo: tengo esa desgracia.

— D. LAUR. Sigue.

D. MAN. Esa mujercuela juega con él: con su corazón y con su bolsillo. Y lo que es más grave todavía: con su dignidad. Le saca cuanto dinero quiere, lo trastorna, no lo deja vivir... ¡y lo engaña! Me consta que lo engaña.

— D. LAUR. ¡Ave María Purísima!

D.<sup>a</sup> ANIC. ¡Las hay... las hay!... Yo no sé en qué piensa el gobierno.

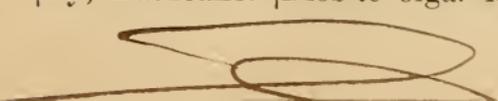
D. MAN. Lo peor de todo es que él lo sabe, y le falta voluntad para romper con ella. Horrible, horrible. Yo he visto á mi sobrino llorar y decirme que no puede olvidarla. Un espanto. Por eso, querido Laureano, cuando una vez más me ofreciste ahora tu casita del Valle para pasar en ella unos días, con la autoridad que indudablemente ejerzo sobre él, le dije: «Prepara tus cosas, que nos vamos al campo.» «¿Al campo? ¿Mucho tiempo?» «¡El que á mí se me antoje!» Y obedeció como un doctrino. ¡Quiera Dios que esta vida tranquila, esta paz bienhechora, estos aires puros, lo alivien, lo curen, y me lo devuelvan tal cual era!

— D. LAUR. ¡Oh! Ten la seguridad absoluta. No hay medicina como la naturaleza para todos los males. Ella cura el cuerpo... y el alma. Mira: cuando se murió mi mujer—es otra cosa, vamos; pero al fin de un dolor se trata,—yo no hallé consuelo y reposo más que aquí. Mi pedacito de jardín, mi trozo de huerta, estos aires, estos panoramas... Nada, chico: aquí sólo me sentía bien.

D.<sup>a</sup> ANIC. Verdaderamente.

— D. LAUR. Tú lo has de ver: Emilio será otro hombre dentro de ocho días.

D. MAN. ¡Ay, Laureano! ¡Dios te oiga! Me anima la



esperanza, ¿sabes? porque si hay algún enamorado del campo, ese soy yo. Ni á tí te cedo el primer puesto.

D. LAUR.

D. MAN.

¡Je!

Y eso que tú bien predicas con el ejemplo el culto que le tienes. ¡Lo menos pasas aquí la mitad del año!

D. LAUR.

En invierno, voy y vengo á Madrid; pero desde Mayo hasta Octubre, aquí vivo. Mis hijos, Olimpia y Ricardo, se desesperan. Por eso, así que entra más el verano, los mando á San Sebastián con su tío Gregorio, para que allí se bañen á la moda y se distraigan.

D.<sup>a</sup> ANIC.

Es natural: son jóvenes; les gusta llevar otra vida... Pongámonos en su pellejo.

En la puerta del foro aparece la gentil figura de Vicenta, linda vendedora de pescado. Trae una banasta á la cabeza, y viste pobremente. La falda le llega al tobillo, y usa media negra y alpargata blanca. Habla el castellano con graciosa dificultad. Las eses en su boca cortan como navajas barberas.

VIC.

¿Hay permiso?

D.<sup>a</sup> ANIC.

¿Quién? Ah, Vicenta. Pasa.

VIC.

Buenas tardes.

D. LAUR.

Buenas tardes.

D. MAN.

Principiando á ver los encantos de Valle Sereno. Buenas tardes.

VIC.

Llamé por la cosina: no respondieron. Dispensen.

D.<sup>a</sup> ANIC.

Siempre estará aquella marmota escribiéndole al novio. se levanta. Ven por aquí.

VIC.

Con permiso.

D.<sup>a</sup> ANIC.

¿Qué pescado traes á estas horas?

VIC.

Corrocones traigo, señorita. Y agujas también traigo.

D.<sup>a</sup> ANIC.

¿Y sardinas, no?

VIC.

Sardinas no pescaron, señorita. Mañana pescarán.

D.<sup>a</sup> ANIC.

A don Manuel. ¿Le gustan á usted los corrocones?

D. MAN.

Atribuyéndole á los corrocones el mismo sabor que á la pescadora. No sé lo que son corrocones; pero apuesto cualquier cosa á que me van á gustar... los corrocones.

D.<sup>a</sup> ANIC. Es pescado bastante sabroso.

D. MAN. ¡Cuando le digo á usted!...

D.<sup>a</sup> ANIC. Ven conmigo, Vicenta.

VIC. Sí, señorita. Con permiso.

Doña Aniceta se va por la puerta de la derecha y Vicenta la sigue, contoneando el cuerpo.

D. MAN. Cogiéndose el labio inferior. ¿De manera que tú te pasas aquí seis meses del año?

— D. LAUR. ¿Lo dices por la pescadorcita, eh? ¡Tunante! Por la puerta de la izquierda sale Ricardo como disparado del interior.

D. MAN. ¡Hola, pollo!

RIC. ¿No estaba aquí Vicenta?

— D. LAUR. ¿Qué te parece?

D. MAN. Estaba, estaba; pero ya voló á la cocina, señor don Ricardito.

— D. LAUR. Como que este no sale de su cuarto en todo el día, leyendo versos y novelas; pero apenas oye una voz de mujer ya lo tienes aquí.

D. MAN. Hombre, eso no debes censurárselo.

RIC. Don Manuel, hágase usted cargo de las cosas. Hace ya un mes que estamos en Valle Sereno; y el campo es muy hermoso... ¡muy hermoso!... todo lo que quiera papá, pero se aburre uno como una almeja en estas soledades. ¿Usted cree que es posible vivir bien tres y cuatro días sin hablar con una muchacha?

D. MAN. Es bastante desagradable por lo menos.

RIC. ¡Para mí es la muerte! Mire usted: yo, en Madrid, compro los pitillos en un estanco donde hay una estanquera muy guapa — ya metidita en carnes, pero muy guapa; — la cerveza, la copa de coñac, el café, todo eso lo tomo en una cervecería servida por camareras, y naturalmente me siento en el rincón de la más bonita; me viste un sastre que prueba la ropa junto al taller donde están las oficialas — ¡ay, qué oficialas tiene! — me calza un zapatero, con una hija... — ¡ay, qué hija tiene mi zapatero! — voy al teatro á ver las caras bonitas del escenario y de la sala... En fin, don Manuel, estoy perdido entre hombres solos. ¿Le sorprende á usted

- ahora que cuando sienta aquí una voz femenina salga de mi cuarto como una flecha?
- D. MAN. No, señor, no; y hace usted al pelo... Y haces al pelo.—Yo voy á hablarle á este de tú.
- D. LAUR. ¡Claro, hombre!
- RIC. ¡Pues no faltaba más!
- D. LAUR. Cualquiera que lo oiga, pensará que estamos en un desierto. Se queja de vicio. En la casita de las malvalocas, que tanto te ha gustado, vive una muchacha como unas perlas.
- RIC. Ah, sí: María Luz Sevilla. Pero no hay manera de hallarla nunca á tiro. Anda siempre del valle al monte; del monte al llano... No se cansa de andar; se mete por los atajos más peligrosos; trepa por las pendientes más difíciles; salta arroyos cubiertos por la maleza... ¡qué se yo! Imposible seguirla, don Manuel. Además, ¿para qué seguirla? En Madrid tiene un novio con las barbas hasta la cintura.
- D. MAN. ¡Ja, ja, ja! Ya pareció el defecto grande.
- RIC. Y descartada esa, pare usted de contar. Aquí no viene alma viviente lo menos hasta entrado Julio...
- D. MAN. Pues ya poco te queda, hombre. Total, un mes escaso. Ten calma. Estás en el mejor terreno. Mientras te gusten las mujeres así por docenas, en la gloria. El día que te guste una sola, agárrate.
- RIC. ¿Cómo que me agarre? ¿A dónde?
- D. MAN. A la barquilla de un globo que no sea cautivo. A ver si caes en alta mar; que te tiene más cuenta.
- D. LAUR. ¡Je! Aquí vuelve la de los corrocones.  
En efecto, sale Vicenta por donde se marchó. El calor de la cocina la ha puesto más guapa.
- VIC. Hasta mañana, pues.
- RIC. ¡Adios, Vicenta!
- VIC. Hasta mañana, pues, señorito.
- RIC. Oye.
- VIC. Mande usted, señorito.
- RIC. ¿Dónde vas tan de prisa?
- VIC. De prisa no voy, no. Voy á repartir.
- RIC. ¿Qué nos has traído: chipirones?

- VIC. No, señorito: chipirones no.  
RIC. ¡Pero, mujer, sabiendo que yo sueño con ellos!
- VIC. No han pescado, señorito. Ya pescarán. Si no hoy, mañana; este mes, el otro... Ya pescarán, ya.  
RIC. Me da el corazón que hasta que yo no flete un barquito y me vaya mar adentro á pescar en tu compañía, no vamos á comer chipirones.  
VIC. Se marearía, pues, el señorito.  
RIC. ¡No aseguro yo que no me marease, pues!  
VIC. Bromear ya bromea, ya.  
RIC. No es broma, no: en serio te lo digo.  
VIC. Sí, en serio, sí. Hasta mañana, pues.  
RIC. Adiós, lucero.  
D. MAN. Adiós, pimpollo.  
— D. LAUR. Adiós, Vicentita.  
Vase Vicenta por la puerta del foro.  
RIC. A don Manuel. ¡Una tontería! Déme usted á mí á elegir entre esa chiquilla y la higuera que le encanta á papá, y ya verá usted qué pronto me voy con la chiquilla y dejo á mi papá en la higuera. ¡Hasta luego!
- D. MAN. ¡Ja, ja, ja!  
Vase Ricardo por la puerta de la izquierda.  
— D. LAUR. A su amigo, picarescamente. Los pocos años: el afán de separar las cosas. No sabe él que lo mejor es la chiquilla... y la higuera.  
D. MAN. Ya lo aprenderá.  
— D. LAUR. Concibiendo de repente un plan de recreo. ¡Qué! ¿Nos vamos á ver los conejitos? Los tengo aquí muy cerca: apenas pasaremos sol.  
D. MAN. ¡Aunque tuviéramos que atravesar el Sahara!  
— D. LAUR. Dices bien: ¡si aquí no hay que hacer otra cosa! Ver cómo pintan los tomates; ver cómo maduran las peras; ver cómo corren los conejos; ver cómo vuelan los palomos...  
D. MAN. ¡Pues á ello, á ello!  
— D. LAUR. Aguarda. Voy á buscarte el sombrero que te ofrecí. Entrase por la puerta de la izquierda.  
D. MAN. ¡Ay, qué delicia de vida! Creo que lo vamos á pasar á pedir de boca. Mirando hacia el jardín. ¡Oiga! Allí viene mi señor sobrino, en

guisa de hombre pensativo, además. Todo sea por Dios. Tiempo al tiempo.

Sale Juliana por la puerta de la derecha á recoger el servicio de café.

JUL. ¿Estaba bueno el café, señor?

D. MAN. ¡Estaba inmejorable!

JUL. ¿Es ese el punto que le agrada? Ya lo sé para todos días. ¿Y el pescado, cómo lo prefiere? Porque lo puedo guisar con tomate, lo puedo cocer para aliñarlo, lo puedo freir... Como más le guste al señor.

D. MAN. A tu iniciativa lo dejo. Yo tengo buen diente.

JUL. Gracias por el favor. Ya procuraré que me sople la musa. Servidora de usted. Se va por donde vino, sonriéndole.

D. MAN. ¡Qué amable es esta fámula! Da gusto. Llega Emilio por la puerta del foio, con cara de pocos amigos. Viste de americana y sombrero flexible. Hola. ¿De dónde vienes?

EMILIO Sentándose con abatimiento. ¡Qué sé yo! De vagar por ahí, aburrido. ¿Es muy hermoso todo esto, verdad?

D. MAN. ¡Pero muy hermoso! No te burles.

EMILIO Lo que hace es un calor que marea.

D. MAN. ¿Que hace calor, dices?

EMILIO Sudo como un pato. Usted dirá si estamos bajo cero.

D. MAN. ¡Válgate Dios, hombre, válgate Dios!

Pausa.

EMILIO Tío Manuel.

D. MAN. ¿Qué hay con tío Manuel? Lo primero que quiere el tío Manuel es no verte mustio.

EMILIO Pues vámonos esta misma tarde.

D. MAN. ¡Jesús, qué desatino!

EMILIO Desatino, ¿por qué? Desatino es haber venido; y usted perdone.

D. MAN. ¡Qué equivocado estás, Emilio!

EMILIO Sí, sí; á un hombre que lo que necesita es distraerse, olvidar, lo mete usted en un campo solo, para que por fuerza haya de pensar en su desventura.

D. MAN. Te diré, te diré... Aquí también hay distracciones... Lo que tiene que hemos llegado

ayer. Aún no hemos tomado la tierra. Eres impaciente; impresionable. Te imaginas á lo mejor que toda la vida está en un día, en una hora. Calma, hombre, calma.

EMILIO Mucha voy á necesitar si se obstina usted en que nos quedemos.

D. MAN. ¡Ni que te hubiera encerrado en una cárcel!

EMILIO Para mí tanto monta. Yo no sé apreciar, no siento como usted lo que se llama la poesía de estos campos. No me interesan; no me atraen. Lo mismo se me dan llanos que montañas, manzanos que ciruelos, que salga el sol ó que se ponga. Además, su amigo de usted, el amo de la casa, es pesadísimo.

D. MAN. ¿Quieres callar?

EMILIO Bajaré la voz: pesadísimo. Cree que sus conejos son un prodigio de la naturaleza y que su higuera es un monumento nacional. ¡Pesadísimo!—no quito una sílaba.

D. MAN. Te repito que calles.

EMILIO ¿Y la niña? ¡Ay, qué niña de mis pecados! ¡No me deja ni á sol ni á sombra, contándome siempre majaderías y chiquilladas de colegio!

D. MAN. Bah, bah, estás empecatado. Te saqué del cieno en que te revolvías, y la misma contrariedad que experimentas te lleva á desbarrar así. Pero, óyelo bien: seguiremos aquí Junio y Julio, y si nos vamos á otra parte, no será ciertamente á Madrid. A menos que por perder todas tus buenas cualidades, hayas perdido ya también la obediencia y el cariño á tu tío.

EMILIO Eso, ya he probado que no, con sólo estar aquí como estoy. Pero no sea usted conmigo demasiado cruel: no apriete usted mucho los tornillos... que temo hacer una locura, aunque luego me pese. Bien sabe usted el dolor porque estoy pasando. Hay en mi alma desencanto y vergüenza... pero hay pasión por encima de todo.

D. MAN. ¡Pasión!...

EMILIO Pasión, sí. ¿Cómo se ha de llamar á esto, que despierto y dormido no me deja un

pensamiento libre? ¡Ay, tío! No emprendo por estos campos un camino, que no se me antoje que pueda ser vereda que me lleve á su lado.

D. MAN. ¿Para ver cómo te engaña otra vez?

EMILIO Para estar allí. Para verla.

D. MAN. Bien, Emilio, bien. Por este camino sí que no hemos de seguir tú ni yo. Si necesitas hablar con alguien de esa mujer, habla con los árboles y con las fuentes: conmigo, no. Y doblemos la hoja.

EMILIO Sea como usted quiera. No hablemos más. Vuelve don Laureano con un sombrero de campo para su amigo.

D. LAUR. Oye, Manuel: ¿tú no has visto nunca un conejo enamorado á una coneja?

D. MAN. Nunca.

D. LAUR. Pues te vas á reir. Toma este pavero. ¿Qué hay, Emilio? ¿Qué dices?—porque yo voy también á apearle el tratamiento á este.

D. MAN. ¡Es natural!

D. LAUR. ¿Qué hay?

EMILIO Nada: he dado por ahí una vuelta...

D. MAN. ¿No me está esto un poquillo grande, tú?

D. LAUR. ¡No, hombre! ¿Vas á presumir en el campo?

D. MAN. Eso sí.

Suena la bocina de una bicicleta, que se acerca á la casa á más andar.

D. LAUR. ¡Adiós! ¡Ahí viene Acuña!

D. MAN. ¿Quién?

D. LAUR. Acuña: aquel pelmazo que pasó ayer aquí la tarde.

D. MAN. Ah, ya. ¿Qué casta de pájaro es?

D. LAUR. Ni él mismo te sabría contestar. Es un ser anónimo. Yo lo que sé es que tiene casa en el pueblo y se ha creído que vive en la mía. Por más que en todas las del contorno se quejan de lo mismo.

D. MAN. ¡Ja, ja, ja! A mí esos tipos me divierten mucho.

D. LAUR. Y á mí también. Pero vámonos por el corralillo.

D. MAN. Vamos por donde digas.

D. LAUR. Emilio, ¿no nos acompañas?

EMILIO ¿A ver enamorarse los conejos? No, señor. Estoy algo cansado.

D. LAUR. Como usted... como tú quieras. Esa es otra de las ventajas de esta vida. ¡Libertad individual! Anda, Manolo.

D. MAN. Vamos.

Entran los dos por la puerta de la derecha.

EMILIO Resignándose. Pues, señor, con menos motivo hay algunos santos en el cielo. Coge un libro de sobre la mesita y lee en él distraído «Alimentación económica del conejo. Cuidados que deben prodigarse á la coneja durante su embarazo...» ¡Vamos, hombre! Tira el libro, coge otro y lee en la cubierta. «Para el campo. Versos escogidos.» Fijándose en una de las páginas, al azar.

*Cerca del Tajo, en soledad amena,  
de verdes sauces hay una espesura,  
toda de hiedra revestida y llena...*

Sale por la puerta del foro el Cartero. Es un muchacho del país vestido pobremente. Usa boina. Sujeta al hombro por una correa trae una cartera muy vieja y abultada, y algunas postales y cartas en la mano. Habla por el estilo de Vicenta.

CART. Buenas tardes.

EMILIO Buenas tardes.

CART. El correo, señorito.

EMILIO Levantándose con interés. ¡Hombre, el correo!

CART. Separando cartas y tarjetas, que deja sobre la mesita. Una, dos, tres, cuatro... ¿Don Manuel Mendosa es aquí también?

EMILIO Aquí es.

CART. Son seis, entonses.

EMILIO ¿No trae nada para don Emilio Medina?

CART. Nada, señorito. Son seis. Hasta mañana.

EMILIO Oiga.

CART. Mande, señorito.

EMILIO Don Emilio Medina soy yo. Carta ó tarjeta que llegue á nombre mío, no se la dé usted á nadie más que á mí. ¿El reparto es á estas horas todos los días?

CART. Sí, señorito.

EMILIO Pues yo andaré al cuidado.

CART. Bien, señorito.

- EMILIO Vaya usted con Dios.  
CART. Hasta mañana, señorito. Máchase por donde salió, no sin saludar á Acuña, que llega. Páselo bien, señor Acuña.
- ACUÑA ¡Adiós, *Chirimiri!* ¡Que me debes una botella de sidra!
- EMILIO (Este aquí, por si faltaba algo. Pues no tengo humor de palique.) Vuelve á sentarse y á leer.  
Acuña viene en traje de ciclista un poco adán. Se cuela de rondón y deja la bicicleta á un lado.
- ACUÑA ¡Hola, hola! ¿Nos aburrimos?  
EMILIO ¿Quién? Ah. Buenas tardes, señor Acuña.  
ACUÑA ¿Cómo señor Acuña? ¡No me mate usted, hombre! ¿Va usted á andar en el campo con señor Acuña? ¡Acuña á secas, y está bien! ¿Qué leemos?
- EMILIO Cualquier cosa, por distraerme.  
ACUÑA No tiene usted la culpa, sino quien se trae libros á pleno campo. Suelte usted ese libro, hombre de Dios. Los libros están buenos allá en las bibliotecas. Al campo se viene á otra cosa: á pisar verde, á respirar verde... y á comer verde, si me apura usted mucho. ¡Ja, ja, ja! ¿Y Ricardillo? Emilio sigue leyendo sin hacerle caso. ¿Y Ricardillo? ¡Caramba, qué interesante es eso! Convencido de que Emilio no lo atiende poco ni mucho, se fija en la correspondencia. ¡Hombre, postalitas! A mí me gusta esta moda de las postales, porque sin faltar á la educación, se entera uno de lo que no le importa. Que es una ventaja. Leyendo en una postal que ha cogido. «María». ¿María, María?... ¿Quién será esta María? «Amiga Olimpia». Es una amiga de Olimpia. «Eres una ingrata». ¡Je! Las mujeres siempre quejándose. «Probablemente veranearemos en Robledales, como el año pasado». ¡Ah! Ya sé quién es. «Te prometo pasar contigo muchas horas, sobre todo si os deja este año en paz el cataplasma de Acuña».
- EMILIO ¡Es una ventaja de las postales!  
ACUÑA ¡Sí, señor! ¿Usted cree que yo me pico por esto? En Madrid, tal vez; pero aquí en el

campo todo se tolera buenamente. Sin contar con que medio mundo ha dado en llamarme cataplasma.

EMILIO ¿En el campo?

ACUÑA ¡Y en Madrid! Voy á ver si está Ricardillo.

EMILIO ¿Para que se lo llame á usted también?

ACUÑA ¡Es posible, es posible!... ¡Así quiero que me trate usted en el campo! Vase por la puerta de la izquierda, dando voces. ¡Ricardo! ¡Ricardillo!

EMILIO ¡Delicioso retiro es este á que me ha traído mi señor tío! Hay cariños que matan. Mirando hacia la puerta de la derecha y levantándose. ¡Bueno va! La niña de la casa ahora.

Sale Olimpia, en efecto. Es una muchacha muy mona, como de quince años, que no le puede molestar á nadie más que á Emilio, por el humor que tiene.

OLIM. ¿Otra vez solo? ¡Pero que siempre ha de estar usted solo!

EMILIO Psche.

OLIM. Pues usted hablaba con alguien.

EMILIO Con Acuña.

OLIM. Ahí tiene usted: más vale estar solo... Reparando en las cartas. ¿Ha venido el correo?

EMILIO Hace poco llegó.

OLIM. ¿Ha recibido usted alguna noticia interesante?

EMILIO Ninguna. Nadie se ha acordado de mí.

OLIM. No es tiempo todavía. En cambio, mire usted yo: cuatro postales tengo. De mis amigas de Madrid. Me escribo con todas. ¿Qué va una á hacer en esta soledad si no les escribe á las amigas? Aburrirse. Para su tío de usted hay dos cartas.

EMILIO Ya lo sé, ya.

OLIM. Han venido siguiéndole los pasos. ¿Y para usted ninguna?

EMILIO Ya le he dicho á usted que ninguna.

OLIM. Mirándolo maliciosamente. Je. Con permiso.

EMILIO Usted lo tiene.

OLIM. Leyendo y comentando las postales. ¡Hombre, me alegro! Mariquita Pérez se ha arreglado por fin con su primo. No hacen buena pareja.

EMILIO ¿Y por eso se alegra usted?

OLIM. No, señor: me alegro porque ella está ena-

moradísima. Pero usted calcule: Mariquita no levanta una vara del suelo y él es tan largo que tiene que dormir en tres dobleces... ¿Por qué será que á los altos les gustan las chicas, y á los chicos las altas, y á las gordas los flacos, y á los flacos las gordas? ¿Por qué será?

EMILIO La verdad es que no he pensado sobre el asunto.

OLIM. ¡Demonio! Esto sí que lo esperaba yo. Emilia Ruiz...

EMILIO ¿Se ha arreglado con otro pollito?

OLIM. Al revés: se ha desarreglado con el que tenía. Estaba visto, ¿eh? No congeniaban. Ella es muy flemática y él es muy nervioso... ¡Imagine usted! ¿Por qué les gustarán á los nerviosos las flemáticas y á las calmosas los fuguillas?

EMILIO Tampoco he meditado sobre el particular. ¿Y usted, no se arregla con nadie?

OLIM. Precisamente esta otra postal es de Juanito Alfaro: un chico que bebe los vientos por mí. Y un gran partido. Mi abuela dice que es para aceptarlo con los ojos cerrados.

EMILIO ¿Y dice bien la abuela?

OLIM. Sí, señor: porque con los ojos abiertos no hay quien cargue con él.

EMILIO ¿Es feo, quizás?

OLIM. Horrible. El labio inferior es una almohadilla de viaje. Pero si no es ese, será otro. En buena hora lo diga, tengo mucho partido. Y sin amores no se puede vivir. ¿Verdad?

EMILIO Verdad.

Preséntase María Luz en la puerta del foro. Viste traje sencillo, sombrero de campo y alpargatas. Trae una sombrilla. Sus ademanes son resueltos y vivos; su charla ardiente y espontánea; su cuerpo gracioso y gentil; su cara, puesta en el compromiso de no echar á perder todo esto, lo salva á maravilla.

M. LUZ Aquí estoy yo.

OLIM. Levantándose á recibirla. ¡María Luz! ¿Tú sola?

M. LUZ Yo sola. Por tí vengo. Fijándose en Emilio. Digo, si es posible. Buenas tardes.

- EMILIO Buenas tardes.  
OLIM. Los presentaré á ustedes.  
M. LUZ No hace falta: este señor y yo nos conocemos.
- EMILIO ¿Que nos conocemos? Pudiera ser; pero yo creo que hasta ahora no he tenido el gusto...  
M. LUZ Es usted muy desmemoriado, y usted dispense la franqueza. ¿No recuerda usted... en la boda de María Galán...?
- EMILIO Sin caer. ¡Ah!... sí... sí...  
M. LUZ Pone usted una cara diciendo que sí, que se ve á la legua que no. En el momento en que nos presentaron estaba yo con Charito Miranda, y llegó usted y me ofreció un sorbete.
- EMILIO ¡Ahora sí que recuerdo!... Es cierto, es cierto... Perdóneme usted: había olvidado...  
M. LUZ Yo no, como usted ve.
- EMILIO Un tanto engreído. ¿Usted no?  
M. LUZ No, señor: porque me hizo daño el sorbete. Se ríen los tres. Ricardo, al sentir la voz de María Luz, vuelve á salir lo mismo que antes.
- RIC. ¡Vecina de mi alma!  
M. LUZ Remedándolo. ¡Vecino de mi corazón! ¡Vengan esos cinco!
- RIC. ¡Como si quiere usted los diez!  
M. LUZ Con cinco bien apretados, basta y sobra.
- RIC. ¿Qué es eso? ¿Viene usted señalada?  
M. LUZ ¿Señalada?  
RIC. ¿Quién le ha arañado á usted en esa nariz indescriptible?
- M. LUZ ¡Qué guasón! Una zarzamora. Pero no le guardo rencor ninguno.
- OLIM. Bueno, ¿y á qué debemos el honor de que hayas venido? ¿Mando repicar?  
M. LUZ No; no mandes. He venido porque tengo muchas ganas de andar un rato y no encuentro con quién. Rosita, mi doncella, que es mi compañera de expediciones, como sabes, ha bajado al pueblo por azúcar. Para mí, á ver al novio. Bueno; por azúcar. Con mi tía no es posible contar, ni para ir á los maizales de frente á casa. Mi tío está durmiendo la siesta desde las dos, y es hombre que lleva á los tribunales al que lo des-

- pierte. Total: que como no me acompañen ustedes, me quedo sin paseo.
- Ric. ¡En seguida vamos á consentir semejante infamia!
- M. LUZ ¡Infamia! Muy bien dicho. No esperaba yo menos de usted. Ande por su sombrero. Y tú, por de contado, Olimpia: con Ricardo solo no voy.
- OLIM. ¿Y usted, Emilio, no quiere ser de la partida?
- M. LUZ Sí querrá; ¿por qué no?
- EMILIO Con franqueza... hoy prefiero quedarme.
- OLIM. ¿Prefiere quedarse?
- EMILIO Agradezco mucho la invitación, pero estoy cansadísimo. Le ruego á usted que no tome á desaire que no vaya.
- M. LUZ Cállese usted, criatura. ¿Quién habla de desaires aquí? Aquí se vive á la pata la llana, como dice Acuña, que mete la suya en todas partes.
- Ric. ¡A propósito de cañonazos!
- M. LUZ ¿Qué ocurre?
- Ric. ¡Que está en mi habitación!
- M. LUZ ¿Quién?
- Ric. ¡Acuña: ese de á la pata la llana!
- M. LUZ ¡Ánimas benditas! ¡Que no se nos pegue, por Dios vivo!
- Ric. Eso es lo que me temo. Pero ya procuraré sacudirme la mosca. Vámonos á escape.
- M. LUZ Olimpia, date prisa.
- OLIM. Ya estoy aquí.
- Ricardo se va por la puerta de la izquierda y Olimpia por la de la derecha.
- EMILIO Por lo visto el tal señor Acuña es temible.
- M. LUZ ¡Temible! ¿No lo conoce usted?
- EMILIO Sí, señora.
- M. LUZ Entonces, ¿cómo lo pregunta?
- EMILIO ¡Ja, ja, ja!
- Pausa. Maria Luz espera inútilmente á que Emilio hable, y al cabo rompe ella.
- M. LUZ ¿Usted llegó ayer, es verdad?
- EMILIO Ayer por la mañana.
- M. LUZ ¿Había usted venido alguna vez á Valle Sereno?

- EMILIO Nunca.  
M. LUZ ¿Y le agrada á usted?  
EMILIO Todavía...  
M. LUZ ¿Cómo todavía? ¿Pues hay más que llegar, y desde el pueblo aquí venir todo el camino con la boca abierta? ¿O es que venía usted dormido en el coche?
- EMILIO No tal: que venía bien despierto.  
M. LUZ Pues entonces no me lo explico.  
EMILIO ¿Es usted muy entusiasta de estos campos?  
M. LUZ Mucho: muchísimo. Con decirle á usted que paso aquí gran parte del año, y tengo en Madrid á mis padres, y á mis hermanas, y á mis amigas... y á mi novio.
- EMILIO Sí que es entusiasmo y afición.  
M. LUZ Como que á mí se me figura que ya soy... no sé cómo decirlo... una cosa más de Valle Sereno. Algunas veces creo que voy á echar raíces en la tierra y que voy á acabar por dar flores... ó por dar fruto.
- EMILIO Sería cosa de ver.  
M. LUZ ¿Ha visitado usted la Ermita?  
EMILIO No.  
M. LUZ A la Ermita pienso llevar á esos. He descubierto un atajo para subir allá, que es sorprendente.
- EMILIO ¿Sí?  
M. LUZ Se va en diez minutos, y por la carretera hay cerca de una hora de camino. Pero no es lo bueno lo que se acorta, sino lo pintoresco y accidentado de cada palmo de terreno. Hay que saltar dos ó tres regatos; hay que trepar por unos escalones muy pinos, llenos de zarzamora; hay que pasar por una gruta oscura como boca de lobo, que despidе un olor penetrante, extraño, no se sabe á qué, pero á algo muy rico; y se llega á un sitio poco después, en que para abrirse camino es menester ir separando las madre-selvas con las manos.
- EMILIO Bonito será. Ya lo veré algún día.  
M. LUZ ¿Y la cañada grande, no la ha visto aún?  
EMILIO Aún no.  
M. LUZ ¿Y al pueblo, no ha bajado?

- EMILIO Tampoco.
- M. LUZ ¿De manera que no ha visto el mar?
- EMILIO No, señora. Si llegué ayer...
- M. LUZ ¿Ni siquiera ha ido usted á lo que llamamos la Floresta, á dos pasos de aquí, salvando el arroyo?
- EMILIO No sé, no sé... Puede que haya ido, pero no sé.
- M. LUZ No ha ido usted, de seguro. Es inconfundible. Sólo el olor de las magnolias le mantendría el recuerdo. Tantas hay, que puede usted coger hasta que se le canse el brazo. Yo, cuando voy allá, siempre vuelvo á mi casa con una carga de ellas.
- EMILIO Pues, efectivamente, por las señas no he ido. Como llegué ayer...
- M. LUZ ¡Caramba! es que parece que no ha llegado usted todavía. O no se ha movido usted de casa, ó ha salido de ella con los ojos cerrados.
- EMILIO Ni una cosa ni otra. He salido poco... y eso poco de mala gana. Y ya que es usted tan ingenua conmigo, le confesaré, aun á trueque de que me considere un alma de cántaro, que nunca ha sido espectáculo de mi predilección este de la madre naturaleza. No entiendo, no percibo, no llega á mí ese lenguaje sin palabras de las altas cumbres, de los valles hondos, de los bosques espesos, y de las fuentes cristalinas. Reconozco toda la vulgaridad de mi alma, pero ni lo entiendo ni me interesa. No me da más que sueño.
- M. LUZ ¡Vaya por Dios! ¡Qué desgracia más grande!
- EMILIO ¿Tanto como desgracia? ¿Por qué?
- M. LUZ Porque si está usted mucho tiempo en Valle Sereno, va usted á acabar por ahorcarse de un castaño de Indias.
- EMILIO No me dará tan fuerte. Aparte de que ya he comenzado á ver en Valle Sereno verdaderos y positivos encantos.
- M. LUZ A Olimpia, que sale por donde se fué, con sombrilla y sombrero de campo. Olimpia, este señor me está hablando de tí.
- OLIM. ¿De mí? ¿Bien ó mal?

- EMILIO Siempre bien; pero ahora hablábamos de otra cosa.
- RIC. Saliendo aprisa, ya dispuesto á marchar. Le he dado una botella de cerveza y se la va á beber entera. Vámonos, antes que la acabe y nos coja.
- M. LUZ Vámonos, sí. A Emilio. ¿No se anima usted?
- EMILIO No. Mil gracias. Otro día prometo acompañarlos.
- M. LUZ Usted se lo pierde.
- EMILIO Es verdad.
- M. LUZ Pues en marcha.
- OLIM. En marcha.
- RIC. Hasta luego.
- EMILIO Hasta luego.
- OLIM. Ya en la puerta del foro, señalando hacia la derecha. ¿Por aquí?
- M. LUZ Señalando hacia la izquierda. No: por aquí. Echarémos por la vereda de los chopos. A Emilio. antes de irse. Oiga usted, Emilio: una precaución.
- EMILIO Usted dirá.
- M. LUZ Si Acuña le pregunta á usted si sabe de nosotros, contéstele que hemos ido al Castillo Viejo.
- EMILIO ¿Al Castillo Viejo?
- M. LUZ Sí, señor: está á cuatro leguas de la Ermita, que es á donde vamos.
- Sueltan todos la risa, y se van Ricardo y las muchachas, animadamente.
- EMILIO Suspirando y sentándose muy abatido. ¡Ay!... Sale Juliana por la puerta de la derecha, de mantón. Al ver á Emilio se detiene.
- JUL. A propósito, señorito: me alegro de encontrarlo á usted. Voy al pueblo: ¿tiene usted algo que encargarme?
- EMILIO No, nada: muchas gracias.
- JUL. Mándeme con libertad, señorito. Tabaco, sellos, lacre, cerillas... Lo que se le apetezca.
- EMILIO Si es que no necesito nada...
- JUL. Un periódico de Madrid...
- EMILIO No.
- JUL. Una baraja para hacer solitarios...
- EMILIO No, señora, no.

- JUL. Lo que usted guste. Una servidora va por papel secante. Y usted dirá: ¿para qué necesita la cocinera papel secante? Pues es porque le escribo á mi novio todos los días, y si seco las cartas al fogón, se abarquillan todas y se ponen de un color que no le gusta á Paco. Y una ¿á qué está? A darle gusto á Paco. Tambiénd voy por papel rayado, porque las falsillas me bailan mucho. Y en papel liso no sé escribir, ¿comprende el señorito? Me salen todos los renglones cuesta arriba, y Paco tiene que leerlos guiñando un ojo, porque si no, dice que se marea. Y usted dirá: ¿á qué me cuenta á mí esta mujer todo esto?
- EMILIO Yo no digo nada absolutamente.
- JUL. En el campo hay que hablar de todo, aunque sean tonterías. Ea, quédese usted con Dios, señorito. ¿Sabe usted que en el pueblo hay billar?
- EMILIO No lo sabía.
- JUL. Se lo advierto, por si alguna vez está usted aburrido y quiere distraerse. Como lo veo tan mustio... Buenas tardes. Vase por la puerta del foro.
- EMILIO Adiós.
- SALE ACUÑA POR LA PUERTA DE LA IZQUIERDA.
- ACUÑA ¿A dónde va esa?
- EMILIO ¿Quién?
- ACUÑA Esa.
- EMILIO ¡Qué sé yo!
- ACUÑA ¿Y Ricardillo?
- EMILIO Con su hermana y con otra muchacha salió á dar un paseo.
- ACUÑA ¿Sin avisarme?
- EMILIO ¡Claro!
- ACUÑA ¿Cómo claro?
- EMILIO ¿Le han avisado á usted? No. ¡Pues está bien claro que no le han avisado!
- ACUÑA ¿Y á dónde han ido, usted no sabe?
- EMILIO Dijeron que al Castillo Viejo.
- ACUÑA ¿Al Castillo Viejo? Sí, sí... ¡Pero esa gente cree que yo acabo de llegar de las Batuecas!
- EMILIO Eso dijeron, señor Acuña.

- ACUÑA      Lo dirían para que usted me lo dijese á mí.  
¡Si no lo dudo! ¿No ve usted que no es la  
primera vez que me he visto solo con mi  
bicicleta en el Castillo Viejo? Pero ¡anda!  
que los voy á perseguir como ratones. Por  
malos amigos. Ahora mismo me planto en  
un vuelo en el Cerrillo de la Cruz. Desde  
allí se domina todo el contorno: aunque va-  
yan arrastrándose como las lagartijas, los  
veo. Y en cuanto los vea, ¡zas! tomo la recta  
y no hay escape. ¡Qué empeño tienen en  
que no meriende con ellos! ¡Abur! Echa mano  
á la bicicleta y se va escapado por la puerta del foro.  
La bocina suena varias veces, alejándose.
- EMILIO      ¿Hubiera escrito Fray Luis de León *La vida  
del campo* si llega á conocer á este hombre?  
Doña Aniceta sale por la puerta de la derecha con  
unas tijeras de jardín.
- D.<sup>a</sup> ANIC.    ¿Cómo es esto? ¿Usted aquí, Emilio? Creí  
que se habría usted marchado con los chi-  
cos á dar un paseo.
- EMILIO      No...
- D.<sup>a</sup> ANIC.    Mire usted que aquí, como no se salga y se  
entre, no hay diversión ninguna.
- EMILIO      Ya, ya...
- D.<sup>a</sup> ANIC.    ¿Está usted malo?
- EMILIO      No, señora; cansado, nada más.
- D.<sup>a</sup> ANIC.    ¿Quiere usted asomarse al jardín?
- EMILIO      Ahora iré.
- D.<sup>a</sup> ANIC.    Yo voy á podar una enredadera... La faena  
no es cosa mayor, pero en fin...
- EMILIO      Ahora iré.
- D.<sup>a</sup> ANIC.    Por mí no se violente... ¿Ha visto usted las  
malvalocas del corral?
- EMILIO      No.
- D.<sup>a</sup> ANIC.    ¿Quiere usted verlas?
- EMILIO      Luego.
- D.<sup>a</sup> ANIC.    ¿Por qué no sube usted un rato al mirador  
alto? Desde él se divisa hasta un pedacito  
del mar.
- EMILIO      Ya subí esta mañana.
- D.<sup>a</sup> ANIC.    Pues aquí fuera estoy. Cualquier cosa que  
se le ocurra...
- EMILIO      Muchas gracias.

- D.<sup>a</sup> ANIC     Se lo digo porque nos han dejado solos.  
EMILIO     Sí, señora, sí.  
D.<sup>a</sup> ANIC.     Hasta luego. Se va al jardín, mirando compasivamente á Emilio.  
EMILIO     Hasta luego. Pausa. ¡Ay, Valle Sereno, Valle Sereno... lugar apacible y tranquilo, paraíso encantado para todos los que en tí viven... yo te cambiaría ahora mismo por un calabozo... donde estuviera una mujer!

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración del acto primero.

Doña Aniceta y Olimpia están sentadas. Don Laureano está asomado á la puerta del foro, aspirando el aire fresco de la tarde.

— D. LAUR. ¡Ah!... ¡Qué hermosura! ¡qué aire más rico!

¡Ah!... ¡Ah!...

OLIM. Papá, que parece que te han recetado inhalaciones.

— D. LAUR. Estas me las receto yo. Y así me va: que no me parte un rayo. ¡Ah!... ¡Si es una bendición del cielo! ¡Hay cosa como aspirar el aire después de la lluvia? ¡Ah!... ¡Ah!...

D.<sup>a</sup> ANIC. Y que ha llovido, si Dios tenía qué... ¡Jesús! Se desplomaba el cielo.

OLIM. Falta hacía: que el calorcito iba apretando ya.

D.<sup>a</sup> ANIC. El agua sí hacía falta, pero no los relámpagos ni los truenos. ¡Ave María, qué modo de asustarla á una! El Señor nos coja confesados.

— D. LAUR. A tiempo está usted de prepararse; porque esta repetirá mañana á la misma hora.

D.<sup>a</sup> ANIC. Vaya una diversión.

— D. LAUR. *Y entre las nubes mueve  
su carro Dios, ligero y reluciente;  
horrible son conmueve,  
relumbra fuego ardiente,  
treme la tierra, humíllase la gente...*

- OLIM. Papá, ¿te has dedicado á cómico?
- D. LAUR. Lo que estoy es contento: muy contento. ¿Y Manuel? ¿Dónde se ha metido Manuel?
- D.<sup>a</sup> ANIC. Hombre, deja en paz á Manuel.
- OLIM. En el cenador del jardín creo que lo he visto.
- D. LAUR. ¡Ah, granuja! ¡Me huye!
- OLIM. Pues claro, papá: si lo traes de cabeza.
- D. LAUR. ¿De cabeza?
- D.<sup>a</sup> ANIC. Va á acabar por aborrecerte. Un mes hace que vino de Madrid, y yo creo que no se habrá visto solo un instante. Cuando no te lo llevas al conejar, te lo llevas al gallinero; cuando no, á ver cómo maduran los higos. ¿Tú crees que á todo el mundo le interesan esas cosas lo mismo que á ti?
- D. LAUR. A todo el mundo, no; pero á Manuel, soy capaz de jurarlo. Ya se conoce que no lo ha visto usted como yo embobado ante los conejos, y ante las gallinas, y ante los palomos. Sobre todo ante los conejos: se extasia mirándolos. Ha llegado á quererlos como si fueran nietos suyos. ¡Si muchos van ya á comer á su misma mano!
- D.<sup>a</sup> ANIC. Con todo, hombre, con todo; déjalo en libertad alguna vez.
- Llega por el foro Rosita, la doncella de María Luz.
- ROS. ¿Se puede pasar?
- D.<sup>a</sup> ANIC. Pasa, mujer, pasa.
- ROS. ¿Cómo están ustedes?
- D. LAUR. Bien ¿y tú?
- ROS. Bien, muchas gracias; para servirles.
- D.<sup>a</sup> ANIC. ¿Qué te trae?
- ROS. La señorita María Luz me manda á preguntarles á los señores si prepara la merienda ó si se deja la excursión en vista de la lluvia.
- D.<sup>a</sup> ANIC. ¡Pues claro que se deja!
- ROS. Ay, pues lo va á sentir: porque á ella la veía yo muy decidida.
- D.<sup>a</sup> ANIC. Como que le falta un tornillo. Dile que he dicho yo que le falta un tornillo. ¡Después de la tormenta que ha descargado, buenos se habrán puesto los caminos para andar por ahí!

- ROS. Yo se lo diré.
- OLIM. Y dile de mi parte que se venga á pasar la tarde conmigo.
- D.<sup>a</sup> ANIC. Eso sí: como vivimos cerca y ella á nada le teme, que venga, si gusta. Mi nieta no se mueve de aquí.
- ROS. Perfectamente. De esto la que sale ganando soy yo; porque necesito bajar al pueblo á comprar unas cosas...
- OLIM. Ya, ya.  
Sale Ricardo por la puerta de la izquierda, al olor, como de costumbre.
- RIC. Dios te guarde, Rosita.
- ROS. Buenas tardes, señorito Ricardo.
- D. LAUR. ¡Je! Espantárame á mí que tú no salieras...
- ROS. ¿Cómo sigue usted?
- RIC. Bien, ¿y tú, simpática?
- ROS. Bien; para servirle.
- RIC. ¿Estás aquí hace mucho tiempo?
- ROS. Acabo de llegar.
- RIC. Ya decía yo que mi oído no me habría engañado. En el buen oído salgo á mi abuela.
- D.<sup>a</sup> ANIC. Nada más que en el buen oído, ¡granuja!
- RIC. Oye: ¿por qué te has puesto hoy á la derecha ese lunar que tenías á la izquierda?
- ROS. Entre agradecida y ruborosa. ¡El señorito!...
- RIC. ¿Cuándo lo rifas?
- ROS. ¡El señorito!...
- D.<sup>a</sup> ANIC. Mira, no la entretengas, que tiene que ir al pueblo por no sé qué.
- OLIM. Por azúzar, ¿verdad?
- ROS. ¡La señorita!... Vaya, hasta luego ó hasta mañana.
- OLIM. ¡Que no deje de venir tu señorita!
- RIC. ¡Adiós, mujer! ¡Y cuidadito con el azúcar del pueblo!
- OLIM. ¡El señorito!... Se marcha por el foro.
- D. LAUR. Es simpática esa muchacha.
- RIC. Y muy lista.
- OLIM. ¡Pues tiene un novio de lo más bruto!... Me da compasión de ella. ¿Por qué será que á los brutos les gustan las listas y á los listos las tontas?
- RIC. No siempre ocurre eso. La prueba la tienes

en tí misma. Tú eres tonta, y sin embargo le gustas á Juanito Alfaro, que es tonto también.

OLIM. Da esa casualidad. Pero hay un caso peor todavía: el del tonto que se las echa de listo, y lo engaña una tonta retonta, como le ha pasado á quien yo me sé.

RIC. ¡Ja, ja, ja! Escucha: ¿he oído que va á venir María Luz?

OLIM. Sí.

RIC. Me alegro de saberlo, para no salir de mi cuarto.

D.<sup>a</sup> ANIC. ¿Por qué?

RIC. Abuela, porque pega la hebra con Emilio, y no nos hace caso á los demás. Y me aburro.

D.<sup>a</sup> ANIC. Es verdad, que los veo muy entusiasmados. Olimpia, ¿tú sabes si ella ha reñido con el de Madrid?

OLIM. ¡Cualquiera sabe eso! Mire usted que habla María Luz, y que es franca. Pues de todo habla menos del novio. Es una reserva desesperante.

RIC. Allá ellos. Vuélvese á su cuarto canturreando una música alegre.

OLIM. Ese dice «allá ellos.» Pero ¿es que á las amigas no nos interesa?... Pues si no nos comunicamos esas cosas, ¿para qué somos amigas? Ya ve usted: ahora mismo voy yo á contestar ocho postales, todas de noviazgos. Pero ahora mismo: no llegue María Luz y se me junten con las de mañana. Vase por la puerta de la derecha, canturreando también.

D.<sup>a</sup> ANIC. ¡Diablo de chiquilla! ¡Qué enredadora es y qué pizpireta! A don Laureano que se ha abstraído completamente. ¿En qué piensas tú?

D. LAUR. ¿Eh?

D.<sup>a</sup> ANIC. ¿En qué piensas tú?

D. LAUR. En que tengo un conejo con mal de orejas, y no hay vaselina bórica en la botica.

D.<sup>a</sup> ANIC. ¡Estamos frescos! ¡Por dónde se descuelga ahora!... Vamos, aquí el que no anda loco, va camino. Éntrese por la puerta de la izquierda.

D. LAUR. Sí, sí, locura. Pues si no me ocupo yo de

ello, ¿quién se ha de ocupar? Encamínase hacia la derecha, á tiempo que sale Emilio por la puerta del foro. Pero, hombre, ¿y tu tío?

EMILIO No sé de él... Hoy no lo he visto apenas. Juraría que anda por el jardín.

— D. LAUR. Es su encanto: el jardín. Por supuesto, su encanto es el jardín y todo el contorno. Está pasando una temporada deliciosa. Yo creo que estoy más gordo y más joven de lo que gozo contemplándolo á él.

EMILIO Sí que parece muy contento. Y se explica: como allá en Madrid tiene tanto quebradero de cabeza, y aquí vive casi sin pensar en aquello, en compañía de usted, á quien quiere como á un hermano, y en esta delicia de Valle Sereno, que es imponderable...

— D. LAUR. Es claro, sí: todo eso es verdad, y á mí me llega á lo más vivo; pero, en rigor, lo que más alegría y satisface á Manuel, es verte á tí satisfecho y alegre.

EMILIO No digo que no, don Laureano. Y en verdad que lo estoy. Creo que no necesito hacer juramento; me sale á la cara.

— D. LAUR. ¡Qué triunfo el mío! Se lo pronostiqué á Manuel, cuando en reserva me contó que venías por no desobedecerlo y dado á los demonios.

EMILIO Sí, señor: así era. Lo declaro ya con lealtad y franqueza campesinas.

— D. LAUR. ¡Muy bien dicho! ¡Lealtad y franqueza campesinas! ¡Aquí no usamos de eufemismos ni de tiquis miquis! Lo que se siente, se habla; lo que se tiene, se da; lo que se quiere, se pide. Dame un cigarro.

EMILIO Ahí va. Pues, sí, señor, sí: cuando entré en esta casa, me figuré que entraba en un presidio.

— D. LAUR. ¡Je!

EMILIO Encontré oscuro y feo el sitio donde está edificada; la encontré ridícula toda ella, desde el jardín al palomar...

— D. LAUR. ¡Je!

EMILIO Me molestó usted, su hija, Ricardo; me molestó doña Aniceta, la criada...

- D. LAUR. Esas seguirán molestándote por mucho que varíes.
- EMILIO ¡Quite usted, por Dios! Si no hay dos personas más agradables en el mundo.
- D. LAUR. Chico, chico; no sospeché que el milagro de Valle Sereno se extendiera á tanto.
- EMIL. Esas son pequeñeces. El milagro ha sido grande, don Laureano. No lo dude usted.
- D. LAUR. ¡Si no lo dudo un punto! ¡Si te oigo y te miro cayéndoseme la baba, muchacho! ¿Tú ves á un padre muy padrazo á quien le ponderan unos y otros las buenas prendas de su chico, lo guapo que es su chico, lo listo que es su chico y lo travieso que es su chico?... Pues como escucha ese padre esas lindezas escucho yo lo que me hablas ahora. La alegría me inunda interiormente, me estremece todo, me turba... hasta lágrimas me trae á los ojos. Esta casita, Emilio, la he hecho yo con el trabajo de toda mi vida: la quiero como si fuera cosa de mis entrañas... Ven acá, ven acá, cuéntame pormenores, cuéntame detalles de cómo empezó á serenarse tu ánimo... de cómo te fué cautivando este paisaje y esta vida. Cuéntame, cuéntame...
- EMILIO Le diré á usted: ello ha sido de una manera insensible, lenta, sosegada, tranquila... Yo no podría precisar dónde ni cómo empezó el cambio, ni si lo determinó esto ó aquello... ¡Quién lo sabe! Mi voluntad ha ido viéndose sometida á un influjo saludable, beneficioso... No he recibido en este ó en aquel momento la impresión fuerte y conmovedora que produce, por ejemplo, la presencia de una mujer bonita, capaz en un minuto sólo de trocar la vida de un hombre. No ha sido eso, no... Más bien se ha ido abriendo mi corazón á las palabras sabias, reposadas, persuasivas de un amigo, de un gran amigo, superior á mí en años, en experiencia, en bondad... en todo. ¿Me comprende usted?
- D. LAUR. De sobra... de sobra. La mujer enloquece, arrebatá... ¡Dios sabe donde irá uno á parar!

Pero el amigo aconseja, insinúa, convence... Está bien, está bien... Dame una cerilla.

EMILIO

Hay, sin embargo, don Laureano, entre mis primeras impresiones, una acaso más viva y penetrante que todas las demás... Fué á los pocos días de hallarme aquí.

— D. LAUR.

Cuenta, cuenta.

EMILIO

Había yo pasado la noche febril, inquieto, imaginando cien locuras... con esa exaltación enfermiza que da el insomnio. Cuando ya no pude más salté de la cama, me arrojé de cualquier manera y abrí la ventana de mi cuarto, para respirar otro aire. Era casi al amanecer. En el cielo quedaban ya contadas estrellas, que atrajeron toda mi atención, y una por una fuí viéndolas empequeñecerse, entibiarse, huir... Una luz mucho más fuerte que la de ellas, que asomaba por el horizonte lejano pintando y alegrando el cielo y la tierra, las vencía, las borraba... Si yo hubiera sido poeta, habría encontrado una singular relación entre lo que empezaba á pasar en mi espíritu y lo que mis ojos veían. Poeta ó no, me sentí conmovido. Nada dije; nada escribí; pero me eché á llorar.

— D. LAUR.

¡Oh! Eso debieran hacer algunos poetas: echarse á llorar y no escribir. O escribir y echarse á llorar al leer lo que han escrito.

Se rien los dos.

EMILIO

Yo nunca había visto amanecer. Y si lo había visto, no me había dado cuenta de ello. Recuerdo que varias tardes después, hablándole del caso á María Luz, me dijo: «No es extraño que no haya usted visto amanecer: porque en Madrid se pone el sol, pero no amanece.» ¡Y es verdad! Yo he vivido siempre en Madrid, y no he visto amanecer nunca. ¡Y me ha cogido algunas veces el amanecer en la calle! Pero no lo he visto.

— D. LAUR.

Es mucha María Luz. ¡Qué atractivo tiene y qué inteligencia!

EMILIO

¡Y qué ojos, don Laureano, qué ojos!

— D. LAUR.

¡Je!

EMILIO Aquí ha sido y es mi constante guía. Ya sabe usted que cada lunes y cada martes andamos de excursión. ¡Cómo conoce esto! ¡Y qué habilidad tiene para mostrar la belleza esencial de cada rincón, de cada sitio, de cada cosa! A mí—le soy á usted franco—me seduce oirla.

D. LAUR. ¿Sí, eh? Ya lo hemos advertido todos. Pero ándate con tiento, que creo que hay moros en la costa.

EMILIO Mientras no sean cristianos...

D. LAUR. En eso no quiero meterme. Yo con verte esa cara, y verte ese ánimo, y oírte lo que te oigo decir, estoy como chiquillo con zapatos nuevos. Lo demás son vaivenes de la vida, nubes que pasan... Que pasen, que pasen siempre, aunque sea con rayos y con truenos, pero que pasen y dejen el campo lozano y brillante como ahora. Vuélvese hacia el jardín para enseñarle el campo, en el momento en que asoma por la puerta María Luz. ¡Mira qué cosa más bonita!

M. LUZ ¿Es á mí?

EMILIO ¡Oh! María Luz.

D. LAUR. No, no es á usted; porque si hubiera sido á usted, habría sido la flor más espléndida. Y este le habría añadido algo.

EMILIO ¿Cómo no?

M. LUZ Vamos á ver: ¿qué me ha dicho mi chica? ¿que se han acobardado ustedes con la tormenta y ya no tenemos excursión?

EMILIO Para mí es esta la primera noticia.

D. LAUR. Ha sido una orden á rajatabla de la abuela.  
M. LUZ Que por cierto me ha mandado á decir que me falta un tornillo.

EMILIO Será lo único que le falte á usted.

M. LUZ ¡Ay, Dios mío! ¡Cuántas flores brotan con la lluvia!

EMILIO Con lluvia ó sin ella, á su paso de usted brotan siempre.

M. LUZ ¡Jesús!

D. LAUR. ¿No le decía yo á usted que este añadiría algo?

M. LUZ En vista de ello, intentaré echar por tierra

la orden de reclusión de la abuela, y nos marcharemos un rato por ahí... á seguir escuchando piropos.

— D. LAUR.

Me temo que lleva usted el pleito perdido.

M. LUZ

Pues sería una lástima quedarnos. ¡Si ahora está el campo más hermoso que nunca! Y esta humedad no le hace daño á nadie. Desde mi casa he venido yo sacudiendo los árboles para que me cayera el agua encima.

— D. LAUR.

¡Je!

EMILIO

Lo creo: pero no se lo cuente usted á la abuela.

M. LUZ

Buen cuidado tendré.

— D. LAUR.

Dígale usted, en cambio, que usted, que se cartea con el sol, sabe que esta tarde ya no llueve.

M. LUZ

¿Le añade usted algo á esa frase, Emilio?

EMILIO

No. Le ha salido tan redonda á don Laureano, que temo estropearla.

Se ríen los tres

M. LUZ

Voy á ver á Olimpia. Entrase por la puerta de la derecha.

EMILIO

Tiene esta mujer para mí el principal encanto de las mujeres: belleza y salud.

— D. LAUR.

Sí: si fuese pálida y ojerosa, tendría para tí el principal atractivo del sexo: palidez y ojeras. Voy conociendo el temperamento, amigo mío.

EMILIO

¡Me confunde usted con su hijo Ricardo!

— D. LAUR.

No, no te confundo, perillán: sé quién eres. Anda, vámonos con tu tío.

EMILIO

¿Con mi tío?

— D. LAUR.

Les haremos una visita á los conejos.

EMILIO

Ustedes; porque yo esperaré á las chicas.

— D. LAUR.

Anda, anda. ¡Manuel! ¡Manuel! Se va por la puerta del foro con Emilio, que malditas las ganas que tiene de separarse de allí. Queda la escena sola un momento.

Por la puerta de la izquierda sale don Manuel, huyendo de la quema.

D. MAN.

No, no, no, no: los conejos no los veo más: no te hagas ilusiones. Eso me lo he jurado. Conejos al amanecer, conejos al medio día,

conejos por la tarde, conejos por la noche... ¡Son ya muchos conejos para un hombre solo!

Sale Juliana por la puerta de la derecha.

JUL.

Señor.

D. MAN.

sin verla ni oirla. Que si nacen con los ojos cerrados; que si no los abren hasta los nueve días; que si no echan el pelo hasta los cuatro ó cinco; que si zanahorias, que si lechugas, que si tronchos de col... ¿A mí qué jinojo me importa? ¡No veo más los conejos!

JUL.

Señor.

D. MAN.

¿Eh? Ah, Juliana.

JUL.

¿Qué le sucede á usted?

D. MAN.

¡Que voy á acabar por menear las orejas y arrugar el hocico cuando sienta pasos!

JUL.

¿Está usted de broma?

D. MAN.

¡Sí! ¿A tí qué te trae?

JUL.

Con el permiso de usted, quisiera hacerle una pregunta.

D. MAN.

¿Una nada más?

JUL.

¡Je! El señor me va conociendo.

D. MAN.

Pregunta lo que quieras.

JUL.

¿Cómo le gusta á usted más el conejo: en caldereta ó con arroz?

D. MAN.

¡De cualquier manera menos vivo! Tú elige.

JUL.

Muchas gracias por la confianza. Yo lo pondré para que se chupe los dedos.

D. MAN.

No lo dudo un instante.

JUL.

Escúcheme otra cosa...— Y bajo la voz porque la señora oye crecer la yerba.— El estofado de ayer no lo guisé yo: era una porquería. Se empeñó en guisarlo doña Aniceta, que no sabe de eso... y así salió ello.

D. MAN.

¡Bah! ¿Qué más quieres?

JUL.

Pues... si no molesto demasiado...

D. MAN.

Dí.

JUL.

Aquí le traigo la notita.

D. MAN.

¿Qué notita?

JUL.

La que me pidió usted tocante al destino que le va usted á dar á mi Paco.

D. MAN.

No; que le voy á dar, no; que veré si me es posible darle...

JUL.

Usted es persona muy *influyente*...

- D. MAN. No tan *influyente* como tú crees... Pero, en fin, haré lo posible... Dame acá la notita.
- JUL. Le daré primero una audición, por si no la entiende. Lec con emoción digna de unos juegos florales. «Francisco Gil Conejo...»
- D. MAN. ¡No lo coloco!
- JUL. Asustadísima. ¿Qué?
- D. MAN. Nada, nada; sigue.
- JUL. Ah, ya. Continúa la lectura. «... natural de Almadén del Azogue, de veinticuatro años, soltero por ahora, buenos ojos, desea colocación en lo que honradamente le salga, no siendo de cobrador del tranvía, por lo que de palabra se dirá. Sabe leer, sabe de cuentas, y sabe escribir con las dos manos. Buena conducta: no fuma, no bebe, saca su cédula cuando le corresponde y va á votar todas las veces que hace falta. Señas personales en Madrid, Cojos, 25.»
- D. MAN. ¿Acaba ahí?
- JUL. Sí, señor: aquí acaba. ¿Bastará con esto?
- D. MAN. Y aun sobra. Ya se ve que es un ciudadano ejemplar. Procuraremos colocarlo.
- JUL. Dios se lo pagará, don Manuel; que estoy yo aquí pasando penas, porque esto de la ausencia no es para mi temperamento.
- D. MAN. Bien, bien...
- JUL. Le habrá chocado á usted lo del tranvía que dice la nota.
- D. MAN. No he parado mientes.
- JUL. Pues yo le explicaré á usted lo que hay.
- D. MAN. ¡Si no lo necesito!
- JUL. Es para que no se figuré que se trata de nada feo. Mi Paco estuvo en los tranvías *cangrejos* todo un verano, pero...—á mí no me ciega el cariño,— su estatura no es cosa mayor, y resulta que no alcanza á la correa del timbre cuando quiere apearse algún viajero. Y le hacen mala sangre las cuchufletas á que eso da lugar. ¡Porque por diez céntimos no hay derecho á reirse de nadie! Y no quiero exponerlo á un disgusto.
- D. MAN. Bien, bien; ya estoy en ello.
- JUL. Tocante á que sabe escribir con las dos.

- manos, que también le habrá chocado á usted...
- D. MAN. Sí por cierto. ¿Qué significa eso?
- JUL. Que sabe escribir en maquina.
- D. MAN. ¡Ah! ¡Cualquiera cae!
- JUL. ¿Lo hará usted con interés, señor?
- D. MAN. Descuida.
- JUL. ¡Mire usted que me va la boda!
- D. MAN. ¡Te digo que descuides!
- JUL. Ea, pues no canso más. Muchísimas gracias, don Manuel. Aquí viene el señorito Emilio: le voy á preguntar también una cosa.
- D. MAN. ¡Vamos allá!
- JUL. A Emilio, que en efecto sale por la puerta del foro. Señorito Emilio: el arroz con leche ¿le gusta á usted con la canela molida nada más ó con algunas astillitas entre medio?
- EMILIO Me da lo mismo.
- JUL. Entonces yo acertaré con su gusto. Esta tarde lo comerán. Y encárguele usted á su señor tío que no me olvide. Y muchas gracias. Sin faltar: al señorito se da un aire en los ojos.
- EMILIO ¿Quién?
- JUL. Mi Paco. Ya digo: sin faltar. Vase por donde salió, sonriéndole.
- D. MAN. Encarándose con Emilio, cuando se va Juliana. ¡Chico, qué monserga!
- EMILIO ¿Sobre la comida de hoy?
- D. MAN. ¿Qué sobre la comida? ¡Sobre su Paco! ¡Un novio que tiene que debe de caber en una fresquera! ¡Y está empeñada en que yo le busque un destino! ¡Vamos, hombre! ¡Era lo único que me faltaba!
- EMILIO ¿Cómo, cómo es eso? ¿Qué dice usted? ¿Es que tiene usted algún motivo de disgusto? A ver, á ver... Porque ese lenguaje; ese resuello...
- D. MAN. Emilio de mi vida, ya no puedo más. He venido disimulando por tí; pero te aseguro que no puedo más. ¡No puedo más! ¡Me llega la bilis hasta la raíz del pelo... por arriba! ¡No puedo más!
- EMILIO Sorprendido, pero sin concederle importancia al desahogo Baje usted la voz.

- D. MAN. ¡No me da la gana! ¡Que se enteren! ¡Si te digo que no puedo más!
- EMILIO Pero, tío, me deja usted con la boca abierta. ¿No está usted encantado con esta familia y en este sitio, como ya por suerte lo estoy yo?
- D. MAN. ¿Que tú estás encantado? ¿No hablas con ironía?
- EMILIO No, señor: hablo con entera sinceridad.
- D. MAN. ¡Vaya! Se conoce que por obra de tu encantamiento no sientes las picadas de las pulgas.
- EMILIO ¿De las pulgas? Pero ¿aquí hay pulgas?
- D. MAN. ¿Que si hay pulgas? ¡Hasta en el almanaque! ¡Si el reloj se ha parado porque no lo dejan andar!
- EMILIO ¡Ja, ja, ja!
- D. MAN. No te rías.
- EMILIO ¿No he de reirme, tío, si parece usted un chico de diez años algunas veces? ¿Cuándo han sido las pulgas un motivo serio para estar rabioso en ninguna parte?
- D. MAN. ¡Las pulgas, y los mosquitos, y las moscas, y los perros, y las lagartijas, y las vacas! ¡Ahí es nada: las vacas! ¡Ni por casualidad salgo á un camino una vez que no me embistan tres ó cuatro! La otra tarde tuve que correr como un galgo huyendo de una. ¡Jinojo! ¿He venido yo aquí á solazarme ó á torear?
- EMILIO Calle usted, calle usted, que don Laureano anda en su busca, y si se entera de esto va usted á amargarle la vida.
- D. MAN. ¡Pues que se fastidie! ¡Bastante me la amarga él á mí!
- EMILIO ¡Tío! Usted no está bueno. Lo desconozco á usted completamente.
- D. MAN. ¡Me desconoces... me desconoces!...
- EMILIO Un pobre señor que no tiene más pío que hacerle á usted agradable esta temporada; que sueña con distraerlo y agasajarlo...
- D. MAN. ¡Que me gana todas las noches al tresillo!
- EMILIO Pero, tío, si juega usted muy mal.
- D. MAN. ¡Juego mejor que él y que tú! Pero no es eso: es que cuando se tiene un huésped, en

- buena cortesía se le debe dejar ganar alguna noche.
- EMILIO ¡Entre amigos de la niñez!...
- D. MAN. ¡Entre amigos de todas las edades!
- EMILIO Vamos, tío, no desbarre usted por amor de Dios... ¡Pobre don Laureano!
- D. MAN. ¡Pobre don Laureano! ¡Laureano es el hombre más pesado que ha parido madre!
- EMILIO No... Es afectuoso... es solícito...
- D. MAN. ¡Es plúmbeo!
- EMILIO ¿Plúmbeo?
- D. MAN. ¡De plomo! ¡Claro! Tú como te largas con las muchachas y apenas tienes que aguantarlo... Pero vamos á ver: ¿cuántas veces has visto los conejos?
- EMILIO Dos ó tres veces... No soy aficionado.
- D. MAN. ¡Ah! Dos ó tres veces. ¡Lo que yo á diario!
- EMILIO ¿Cuántas veces has visto ponerse el sol?
- D. MAN. No las he contado... Si me coge por ahí la puesta, la veo...
- D. MAN. ¡Ah! Si te coge por ahí...
- EMILIO Es un espectáculo admirable siempre.
- D. MAN. Ya te daría yo á tí admiración si te obligaran á verlo todas las tardes. ¡Y no lo veo dos veces al día porque no se pone más que una! ¡Afortunadamente!
- EMILIO ¿Todas las tardes, dice usted?
- D. MAN. ¡Todas las tardes, hijo mío! ¡A ver si hay rayo verde ó no hay rayo verde, no me escapo una sola! ¡Algunas he pedido para mis adentros un rayito de cualquier color que lo hiciera cisco!
- EMILIO ¡Qué disparate!
- D. MAN. No es disparate, no: ponte en mi lugar. Es que se colman las medidas del más paciente. ¡Son ya muchos conejos á todas horas, y muchos palomos por la mañana, y muchas puestas por las tardes... y muchos codillos por las noches!
- EMILIO Tío, pues ahora le hablo á usted completamente en serio. Porque yo vine aquí á remolque; renegando del campo, y de mi estrella y casi de usted. Pero usted vino satisfecho, ansioso de verse en estos valles, en

esta soledad, que para usted era un paraíso...  
¿Qué cambio es este?

D. MAN. ¡Pero si no hay tal soledad! ¡Si eso me ha resultado que es fantasía de los poetas! A lo mejor te crees que estás solo en medio del campo... ¡porque necesitas estar solo!... y ves de pronto que hay una pareja que te observa desde un maizal. ¡Hombre! ¿Qué soledad es esa? Sin contar con Acuña, que está como Dios en todas partes.

EMILIO Bah, bah, bah...

D. MAN. Sí, bah, bah... Añade á todo eso lo que en rigor vale más que nada y que constituye en esta ocasión el mayor de los desencantos.

EMILIO ¿Eh?

D. MAN. Como suena: el mayor de los desencantos. Porque no sé si atribuirlo á que todo esto de la poesía de la naturaleza es una pura farsa, ó á la vulgaridad de mi ser; pero el hecho es que ni los valles, ni las montañas, ni los arroyos, ni la mar, me elevan el ánimo.

EMILIO ¡Tío!

D. MAN. Nada: no me elevan el ánimo. ¿A qué voy á decir una cosa por otra? ¡No me elevan el ánimo! Desde que estoy aquí no se me ocurren más que bellaquerías.

EMILIO ¡Ja, ja, ja!

D. MAN. Para que te convenzas: á mi edad, á mis años, he caído en la más ridícula de las tentaciones: he querido seducir á Vicentita: ¡á la pescadorcilla!

EMILIO ¡Señor don Manuel!

D. MAN. Nada, nada, no me duelen prendas: como te lo cuento. ¡Y le hablé de ponerle un pisito en la calle de la Berengena! ¿Es esto elevación del ánimo? ¡Naranjas de la China!

EMILIO ¡Pero veo que está usted irremisiblemente perdido!

D. MAN. Hasta tal punto eso es así, y tales ganas tengo de escapar de esta perdición; tan asado estoy á la parrilla, tan desesperado me veo, que sin reparar ya ni en tí ni en la Osa Mayor—que también me la enseña Laureano todas las noches,—le he escrito una carta...

Bajando cómicamente la voz.—bueno, pero de esto no quiero que se entere ni el aire—le he escrito una carta á Pizarroso...

EMILIO En voz tan baja como el tío. ¿A quién?

D. MAN. A Pizarroso...

D.<sup>a</sup> ANIC. Apareciendo por la puerta de la izquierda. ¿Ese Pizarroso es uno que fué ministro del Tribunal de Cuentas?

EMILIO ¿Eh?

D. MAN. Pero, señora, ¿es usted la telegrafía sin hilos?

D.<sup>a</sup> ANIC. ¿No hablaban ustedes de Pizarroso?

D. MAN. Sí; pero á este no lo conoce usted. Es un empleado á mis órdenes.

D.<sup>a</sup> ANIC. El que yo digo era un señor muy serio.

D. MAN. No; pues este otro es muy bromista. ¿Verdad, Emilio?

EMILIO Muy bromista. Siempre está de chanza y de humor.

D.<sup>a</sup> ANIC. Ya. Voy á darle un vistazo á la cocina. ¡Ah! No tome usted en cuenta el flan del almuerzo de hoy. Ha sido una verdadera porquería. Esa Juliana cree que hace el dulce como las monjas, y vive en un error muy grande. Ha estado incomible: una verdadera porquería. Mañana haré yo un flan y ya verá usted la diferencia. Cosa de enjuagarse la boca con el flan... Usted lo ha de ver; usted lo ha de ver... Se va por la puerta de la derecha.

D. MAN. Esta es otra: con la competencia culinaria entre ama y criada, ya lo ves: no comemos más que porquerías.

EMILIO Bueno, tío: ¿qué me iba usted á decir de Pizarroso?

D. MAN. ¡Ah! Verás. En voz baja de nuevo y tomando todo género de precauciones. Te iba á decir de Pizarroso que le he mandado que me ponga desde Madrid un telegrama con este refresco: «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro. Junta el lunes. Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta. Pizarroso.» ¿Qué tal? ¿Me iré á Madrid ó no me iré?

EMILIO ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que se habrá reído Pizarroso! Sale don Laureano por la puerta del foro.

- D. LAUR. Pero, Manuel, ¿estamos jugando al escondite?
- D. MAN. ¡Anda con Dios!
- D. LAUR. ¿Qué hacéis aquí metidos, bobos?
- EMILIO Diciéndole estaba yo á mi tío que usted lo buscaba. Y la conversación que hemos tenido antes.
- D. LAUR. ¡Ah, sí! ¿No es verdad que es otro tu sobrino, Manuel? A Emilio. Oye: ¿te pesaste al salir de Madrid?
- D. MAN. No, hombre, no: ¿te pesaste tú? ¡Nosotros no pesamos más que el equipaje!
- D. LAUR. ¡Je! ¡El equipaje, dice! ¡Tu tío siempre como unas sonajas!
- D. MAN. ¡Siempre! ¡Yo soy así!
- D. LAUR. Anda: vámonos á dar un paseo; que tenemos una tarde muy fresca. Y de recogida pasaremos por el conejar.
- D. MAN. ¿Eh?
- EMILIO ¿No le han hecho ustedes hoy ninguna visita?
- D. LAUR. Esta mañana fuí yo solo, porque á este se le pegaron las sábanas. Es un dormilón.
- D. MAN. ¡Un gallo es lo que yo no soy!
- D. LAUR. Pero está entusiasmadísimo con aquella familia.
- EMILIO Ya me lo ha contado.
- D. LAUR. Le he inculcado la afición, el amor al conejo. Te advierto, Emilio, que el conejo acaba por hacerse querer. Es inteligente, es gracioso... Yo le encuentro gran semejanza al ser humano.
- D. MAN. ¡En el nombre del Padre!
- D. LAUR. No es la primera vez que me lo oyes: no sé qué te sorprende. Pero te lo demostraré minuciosamente en nuestro paseo. De algo hemos de hablar. Y no con fantasías; sino con datos preciosos de un tratado de cuniculicultura que me sé de memoria. Anda, vámonos.
- D. MAN. Resignándose, acaso por última vez. ¡Vámonos, hombre, vámonos!
- D. LAUR. Empieza tú porque el conejo puede tener todas las enfermedades del hombre. ¡Todas!

Bueno, casi todas. Al conejo le puede dar una pulmonía, como á tí; le puede dar una congestión, como á tí...

D. MAN. ¡Toma! ¡también le pueden dar un tiro, como á tí!

— D. LAUR. ¡Je! ¡Qué buen humor de hombre! ¡Siempre con las mismas salidas! Vase por el jardín.

D. MAN. Rapidamente á Emilio, volviéndose atrás un momento. Al conejar no voy: si hace falta lo tiro por un barranco. ¡No voy!

— D. LAUR. Dentro. ¡Manuel!

D. MAN. ¡Ya, hombre, ya! Márchase con su amigo.

EMILIO En efecto, está mi tío Manuel que echa las muelas. ¡Y yo que lo suponía en plena Jauja!

OLIM. Salen por la puerta de la derecha Olimpia y María Luz. Nada, hija: quien manda, manda, y cartuchera en el cañón.

EMILIO ¿Qué ocurre?

M. LUZ Lo que ya sabíamos. Doña Aniceta no deja salir á Olimpia, y ha sido inútil toda mi elocuencia.

EMILIO Desgracias mayores pueden caer sobre nosotros.

M. LUZ Pues hay que idear alguna cosa para pasar la tarde.

OLIM. Algo para reírnos.

BENJ. Dentro, con voz atiplada y ridícula. ¿Se puede?

EMILIO ¿Eh?

BENJ. ¿Se puede?

OLIM. Adelante, quien sea.

Aparece en la puerta del foro Benjamín, que en vano negaría que es saeristán de nacimiento. En la mano trae un telegrama cerrado y un paquete de velas.

BENJ. Santas y buenas tardes nos dé Dios.

M. LUZ Buenas tardes.

OLIM. Buenas tardes.

EMILIO Buenas tardes.

M. LUZ A los otros (Ya no hay que inventar nada para reírse.)

BENJ. Tengo á gran dicha saludar á ustedes.

EMILIO Muchísimas gracias.

Las muchachas no pueden hablar conteniendo la risa, y Emilio puede á duras penas.

- BENJ. Yo soy el sacristán nuevo de la Ermita.  
EMILIO Por muchos años.  
BENJ. Y he bajado al pueblo á comprar unas velas, y me he encontrado á Bermúdez el telegrafista, que es amigo mío, y que venía para acá con este despacho, y me ha rogado que lo trajera yo, porque él tiene á su mujer con el mal de San Vito, y se hallaba muy desasosegada en aquel momento. Sueltan la cajada María Luz y Olimpia, y Emilio después. El caso no es de risa, pero comprendo que excite la hilaridad.
- EMILIO Sí, señor; sí, señor... ¿Para quién es el telegrama?
- BENJ. Para don Manuel Mendoza. Aquí dice Mendoza, pero debe de ser equivocación.
- M. LUZ ¡Claro!
- EMILIO Es equivocación, justamente... Déme usted... firmaré el recibo...
- BENJ. Tome, señor mío. Me complace mucho haber prestado este servicio urgente, y desde luego me ofrezco para cualquier cosa que se ocurra; porque yo... Sale Ricardo por la puerta de la izquierda, con tal ímpetu que asusta á Benjamín y le corta el hilo. Se explica el ímpetu de Ricardo, porque al oír la voz del sacristán supuso que le pertenecería á alguna tiple más ó menos ligera. Las muchachas y Emilio tratan en vano de ocultar su risa ante el nuevo aspecto de la situación. ¿Eh?
- RIC. Sin poder contenerse. ¡Vamos, hombre!
- BENJ. Buenas tardes.
- RIC. Buenas tardes.
- EMILIO Este señor nos ha hecho la merced de traernos este telegrama para mi tío... Se lo guarda.
- RIC. Sí...
- EMILIO Aparte á Ricardo. (¿Quién te creíste que era?)  
Lo mismo á Emilio. (¡Qué sé yo! Una cupletista, una máscara... ¡Todo, menos un sacristán!) A Benjamín, con mal modo. Que usted siga bueno. Vase de estampia por donde salió.
- BENJ. ¿Cómo dice?
- EMILIO Que usted siga bueno.
- BENJ. Ah, muchas gracias. Igual deseo á todos los presentes. Felices tardes. Y que siga, que

- siga el buen humor. Vase á otra parte á hacer reír, despedido con nuevas carcajadas de todos.
- M. LUZ ¡Ay, Jesús! He llorado de risa con ese hombre.
- OLIM. ¡Qué lance, Dios mío! ¡Cuidado con la salida de Ricardo!
- EMILIO ¡Ah! Notable de veras. ¡Lo menos creyó que iba á encontrarse aquí á la Imperio!
- OLIM. Asomándose al mirador. Allá va, todo presuroso. ¡Anda, morena! Se ha metido en un charco. A ver si se constipa y enronquece un poco, que falta le hace.
- M. LUZ ¡Ja, ja, ja! se sienta. A mí me han cansado las risas. ¿Querrá usted creerlo?
- EMILIO ¡Si me han cansado á mí también! No me reía de tan buena gana hacía mucho tiempo. Se sienta cerca de ella.
- M. LUZ Ya ve usted, y queríamos irnos. No se sabe dónde está la fortuna.
- EMILIO No se sabe.  
Olimpia, desde el mirador, observa con interés el grupo de María Luz y Emilio.
- M. LUZ Mi empeño en salir era porque el campo está delicioso. Sopla un aire tan sano... ¿No le gusta á usted el olor de la tierra después de la lluvia?
- EMILIO Mucho. Lo aspiro siempre con deseo. Y me gustan también estas nubes que descargan de pronto, y se van abriendo paso al sol y dejando la tierra fresca y alegre.
- M. LUZ ¿Le gustan?
- EMILIO Sí. Recuerdan el enojo pasajero de una mujer, que principia llorando y acaba por reír entre lágrimas. Mire usted ahora el campo todo, cómo parece que se ríe entre lágrimas.
- M. LUZ Es cierto. A Olimpia, que con admirable discreción se encamina hacia la derecha, sin quitarles ojo. ¿A dónde vas, Olimpia?
- OLIM. Maliciosamente. A contarle á mi abuela lo del sacristán, que le va á hacer muchísima gracia. Entrase por la puerta de la derecha.
- EMILIO Riéndose. ¡Qué chiquilla! Es saladísima de veras.

- M. LUZ      Muy salada. Discurre menos que un mosquito.
- EMILIO      A mí me divierte su charla, que cuando quiere ser maliciosa es ingenua, y cuando quiere ser ingenua es maliciosa.
- M. LUZ      ¿Y esa muletilla que tiene sobre los gustos en los amores? «¿Por qué será que á los chatos les gustan las narigudas y á los narigudos las chatas?»
- EMILIO      ¡Ja, ja, ja! Es muy original. Le aseguro á usted que para mí Olimpia es un atractivo más de Valle Sereno.
- M. LUZ      ¿Uno más, Emilio? Advierto complacida que poquito á poco se ha reconciliado usted enteramente con este Valle Sereno, que cuando llegó le aburría y le enfadaba.
- EMILIO      Gracias, principalmente, á usted.
- M. LUZ      ¿Gracias á mí le aburría y le enfadaba?
- EMILIO      Todo lo contrario: gracias á usted he ido apreciando, comprendiendo, el atractivo y el encanto de estos lugares.
- M. LUZ      No niego mi influencia en que lo haya usted logrado más pronto; pero créame que si usted hubiera sido ciego, de nada le habría servido el lazarillo. Quiero decir que esta gran belleza del campo, ó se sabe ver, y en ese caso enamora y cautiva el alma, ó no se sabe ver, y hastía y desespera. Para quien no la entiende todas las horas son iguales... todos los caminos son lo mismo... En cambio, para quien tiene el secreto, ¡qué maravillosa variedad! No hay un momento igual á otro, ni hay un camino que no tiene á cruzarlo. ¿No es cierto, Emilio?
- EMILIO      Ciertísimo. Usted no miente nunca. Yo algunas veces pienso: «Tal vez por esto me es á mí esa mujer tan simpática».
- M. LUZ      ¿Es que no trataba usted más que con embusteras?
- EMILIO      Se conoce. El resultado es, sea de ello lo que fuere, que usted me atrae de una manera tal...
- M. LUZ      Cuidadito con la baranda.
- EMILIO      ¿Cómo?

M. LUZ  
EMILIO

Siga usted.

Que usted me atrae de una manera tal, que casi he llegado á no pensar más que en usted, ni á querer hablar más que con usted, ni á desear otro momento que el momento de verla á usted. Cuando salgo por esos campos solo, y de improviso en mi camino la encuentro, no sé expresarle la alegría que me causa. Es algo infantil, algo muy sincero; yo diría que muy luminoso... No sé... ¿Qué significa esto, María Luz?

M. LUZ

Pues es bien claro: que va usted solo... y que de pronto tiene con quien charlar. Ni más ni menos. Ya me hago yo cargo de que la aparición de Acuña no le produciría á usted el mismo efecto; pero no hay más que esto que le digo, salvando la diferencia que existe entre Acuña y yo. A Acuña, por ejemplo, no le debe usted más que tabarras, y á mí me debe usted un poquito de gratitud.

EMILIO

¿De gratitud?

M. LUZ

Así se llama ese sentimiento.

EMILIO

¿Y un poquito?

M. LUZ

O un pocazo.

EMILIO

¡Toda la que quepa en mi alma!

M. LUZ

¡Toda la que usted guste!

EMILIO

Yo entré en Valle Sereno lleno de amargura, entristecido; abrumado por un dolor que imaginaba que sería eterno. Todos los hombres, á poco que hayamos vivido, sentimos alguna vez la vanidad de un gran dolor, superior en nuestro concepto al que sea capaz de sentir otro hombre cualquiera. Ese gran dolor ha ido calmándose, disipándose; como desprendiéndose lentamente del corazón. Mi espíritu, hora por hora, va recobrando su perdida tranquilidad, su equilibrio. Mi voluntad vuelve á ser mía. Voy sintiéndome sereno, fuerte, dichoso... Todo esto se lo debo á usted.

M. LUZ

¿A mí, criatura?

EMILIO

A usted.

M. LUZ

No lo crea usted, Emilio. No es á mí á quien usted le debe todo eso. Es á esta vida cam-

pesina llena de sosiego y de paz, que temple las almas de los hombres que como usted son buenos. Se lo debe usted á los amaneceres en este Valle Sereno, risueños y alegres; á los aires puros de la mañana, en el mar ó en el monte; á los paseos sin rumbo, ni en los pasos ni en la imaginación, abierta el alma á lo que le brinden los ojos; á la charla amiga, bajo los árboles sombríos; á los últimos rayos del sol, distintos cada tarde; á los múltiples colores del cielo; á la primera estrellita que asoma en él cuando llega la noche; al pío de un pajarito sonando solo en el silencio de los campos; á las noches claras; á las noches de estrellas; al sol que sale después de la tormenta... y que á usted le recuerda las paces hechas con una mujer... A todo eso le debe usted su dicha presente: no á mí. Ya sabe usted que yo siempre digo la verdad.

EMILIO  
M. LUZ

En este caso...

En este caso más que en ningún otro. Usted se convencerá con el tiempo. Rodarán los días, se irá usted á Madrid nuevamente, libre ya de la carga de sus tristezas, tornará á la lucha y á las pasiones, y cuando alguna vez el dolor vuelva á herirle... ¡qué poco se acordará de mí! ¡Y cómo suspilará, sin embargo, por estos campos siempre verdes, y por estos aires, y por esta vida!...

EMILIO  
M. LUZ

¿Y de usted no he de acordarme entonces? En todo caso como se acuerda uno de una mariposa que le pasó ante los ojos un día, y á la que le atribuye supersticiosamente todo lo bueno que en aquel día le haya de pasar.

EMILIO  
M. LUZ

¿Y si yo le dijera á usted, Maria Luz...?

¿Y si yo le pidiera á usted que no me lo dijese?...

EMILIO  
M. LUZ

¿Por qué?

Porque va usted á cometer la primera tontería gorda de la temporada.

EMILIO  
M. LUZ

¿Usted qué sabe?

¿No he de saberlo, hombre? Por poco obser-

vadora que yo sea, he visto bien claro que es usted un corazón inflamable y una cabeza inquieta. Y va usted á espetarme ahora que está enamorado de mí. Y yo, que sé muy bien que no hay tal amor, ni falta, voy á verme en el duro caso de darle á usted unas calabazas como para usted solo. Y con las calabazas áuestas, ¡á ver qué hace usted aquí el resto de la temporada! ¡Aguar todas las excursiones que nos queden!

EMILIO Le suplico á usted, María Luz, que no eche esto á broma.

M. LUZ Si lo tomo en serio va á ser peor. ¿No lo comprende usted?

EMILIO Pues aunque lo sea, le suplico á usted que no lo eche á broma.

M. LUZ Pues oiga usted en serio. ¿Qué idea tiene usted de mí? ¿No le consta á usted que yo quiero á un hombre? ¿que tengo novio?

EMILIO ¿Que tiene usted novio?

M. LUZ ¿Y se sorprende usted? Yo misma se lo he dicho ya varias veces...

EMILIO Bueno; pero así... sin insistir en ello; de pasada...

M. LUZ Pues ¿qué quería usted? ¿Que se lo hubiera dicho en papel de á peseta, ó con un tamborilero y un bando? Pero, en fin, si no lo había creído, créalo firmemente: me quiere un hombre, y yo lo quiero á él. Estamos enamorados el uno del otro. Enamorados, ¿lo oye usted? no así... con ganas de pali-que. Es hijo de una familia que fué rica... y hoy está cuesta abajo: muy cuesta abajo. Esto, que es una desgracia, me ha unido más á él, naturalmente. Si no lo quisiera, habría seguido el parecer de mis padres, de mis hermanos, de mis amigas... y lo hubiera dejado solo con su ruina. Pero lo quiero, ¿sabe usted? lo quiero. El me quiere lo mismo, y trabaja. Dios dirá. Cuando voy á Madrid, cuantas personas me rodean, vuelven al mismo tema: «Que eso es cosa perdida; que no levantará cabeza; que á dónde voy con ese hombre; que la sociedad; que la fa-

milia; que lo deje, que lo deje...» Pero vengo á Valle Sereno, y los árboles meciendo sus copas, y los arroyos saltando entre las peñas, y el aire puro acariciando mi frente, y el sol escondiéndose detrás de las montañas por las tardes, para pedirme cuentas de mi cariño al amanecer del otro día, me dicen incesantemente que lo espere, que le dé ánimos, que lo siga queriendo... Por eso, Emilio, como me halaga más que lo que allí me predicán lo que aquí escucho, paso la mayor parte del año en Valle Sereno. PAUSA. ¿Se ha convencido usted ya de que tengo novio?

EMILIO Sí por cierto.

M. LUZ ¿Y de que se iba usted á ganar unas calabazas morrocotudas?

EMILIO Me he convencido de algo más.

M. LUZ ¿De qué?

EMILIO De que me las hubiera merecido. Y de otra cosa: de que los hombres no nos merecemos á las mujeres.

M. LUZ Le diré á usted: mi novio á mí, sí. Pero tiene usted razón: por regla general son ustedes muy ligeros, muy casquivanos. El cariño en ustedes, cuando lo hay, jamás lleva las raíces tan hondas.

EMILIO ¿Se olvidará usted de mi impertinencia de esta tarde?

M. LUZ ¿Quién habla de eso ya? Y usted, ¿se olvidará del proyecto de calabazas que le he leído?

EMILIO Procuraré olvidarme, ¡qué remedio!

M. LUZ Pues entonces... hasta mañana. Me marchó.

EMILIO Hasta mañana.

M. LUZ Mañana iremos á donde la lluvia no ha querido que vayamos hoy.

EMILIO Iremos.

M. LUZ Y... le voy á ser á usted franca: yo... más tranquila que hasta aquí. Porque de algunos días á esta parte había notado en usted una verbosidad... un fuego...

EMILIO Sí; tales, que me ha tenido usted que decir varias veces: «Cuidadito con la baranda.»

- M. LUZ Eso. Conque adiós. Hasta mañana, Emilio.  
EMILIO Hasta mañana, María Luz.  
M. LUZ No; pero si ha de quedarse usted con esa cara no me voy.  
EMILIO Mucho mejor si no se va usted.  
M. LUZ Muchas gracias; pero necesito irme ya.  
EMILIO ¿Pues qué cara quiere usted dejarme?  
M. LUZ La que me encontré cuando vine: complacida y risueña...  
EMILIO Es que entonces no habíamos hablado... de lo que hemos hablado.  
M. LUZ Es que yo quiero que esta charla nuestra pase por nosotros como las nubes de esta tarde han pasado por allá fuera: entristeciendo el campo un momento, pero alegrándolo después. ¿Entendido?  
EMILIO Entendido.  
M. LUZ Nuestra amistad ha de ser más fuerte, más sincera, desde esta leve tormentilla. ¿No?  
EMILIO Sí.  
M. LUZ Pues lo dicho: ponga usted otra cara.  
EMILIO Si no tengo más que esta.  
M. LUZ Pues riase usted con esa que tiene.  
EMILIO ¿Para qué he de reirme?  
M. LUZ Para que yo me marche tranquila. Riase usted, hombre. ¿Ya no le hago á usted gracia? Riase usted.  
EMILIO Ya me río: ya está usted satisfecha.  
M. LUZ Eso es otra cosa. Ahora sí que me voy. Hasta mañana.  
EMILIO Hasta mañana.  
M. LUZ Adiós. Vase por el jardín. Emilio la contempla.  
EMILIO ¡Adorable mujer!... ¡Qué lección me ha dado esta tarde!  
Vuelve Olimpia por la puerta de la derecha.  
OLIM. Pero ¿se ha ido ya María Luz?  
EMILIO Acaba de irse. Contemplándola estaba yo.  
OLIM. ¡Qué cosas tiene! No se despide casi nunca. Pero ¡mire usted que es simpática!  
EMILIO Muy simpática.  
OLIM. Rarilla de genio, ¿verdad? Pero buena, ¿verdad?  
EMILIO Verdad.  
OLIM. ¡Qué lástima que tenga novio! ¿verdad?

- EMILIO Verdad.
- OLIM. ¿Usted lo sabía?
- EMILIO Sí.
- OLIM. Pues nadie lo hubiera creído al verlo á usted tan... tan... tan tarán tan...
- EMILIO Pues lo sabía. Lo que no sabía era que María Luz lo quisiera como lo quiere. Bien es verdad que para comprender un cariño así, y aun para sentirlo, hay que hacer con el corazón lo que María Luz ha hecho con el suyo: sacarlo del pecho, y que lo oreen y lo purifiquen y lo fortalezcan los aires del campo y del mar.
- OLIM. ¡Qué solemne! ¡Jesús! Siempre que habla usted con María Luz un gran rato, acaban ustedes por las nubes.
- Por la puerta del foro salen don Manuel y don Laureano.
- D. MAN. Emilio ¿qué telegrama es ese de que me ha hablado María Luz?
- EMILIO No sé, tío: no lo he querido abrir. ¿Teme usted quizás algo desagradable?
- D. MAN. No las tengo todas conmigo. ¿Quieres ver si es de Pizarroso?
- EMILIO Voy á verlo. Saca el telegrama y lo abre.
- D. LAUR. Me ponéis en cuidado.
- OLIM. Y á mí.
- EMILIO De Pizarroso es.
- D. MAN. ¡Ay! ¿Qué dice? ¿Qué dice ese hombre?
- EMILIO Escuche usted. Como si leyera el telegrama. A don Manuel, á medida que lo oye, se le va demudando el semblante. «Tranquilidad completa. No hay novedad ninguna. Está confiado. Puede quedarse ahí cuanto tiempo guste. Enhorabuena.—Pizarroso.»
- D. MAN. Sin poder contenerse. ¡Lo mato!
- D. LAUR. ¿Eh?
- D. MAN. No; nada.
- D. LAUR. Abrazándolo. Chico, me alegro, porque me he llevado el gran susto.
- OLIM. Y yo también.
- D. MAN. Echando chispas por los ojos Pero trae acá, tú, trae acá. ¿El telegrama dice eso?
- EMILIO No, señor.

- D. MAN. ¡Ah!  
EMILIO Eso querría yo que dijera; pero dice una cosa bien distinta.
- D. MAN. ¡Ah!  
— D. LAUR. ¿Cómo?  
OLIM. ¿Qué?  
EMILIO Leyendo. «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro.»
- D. MAN. Maquinalmente. Junta el lunes.  
EMILIO «Junta el lunes»: cabal.
- D. MAN. Sí, si es que todos los lunes hay junta.  
EMILIO «Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta.—Pizarroso.»
- D. MAN. Eso sí; ese es el que yo estaba aguardando.  
¡Maldita sea mi suerte! ¡Hay corazonadas en el mundo!
- OLIM. ¡Qué contratiempo!  
— D. LAUR. ¡Pero esto es un rayo, Manuel!  
EMILIO ¡Qué lástima! ¡Usted que se encontraba tan á gusto!
- OLIM. ¿Pero no volverá?  
— D. LAUR. ¿Cómo que no? De aquí no sale sin prometerlo.
- OLIM. ¿Y usted se va también, Emilio?  
D. MAN. No, no, no: ¡Emilio de ninguna manera!  
¿Por qué he de ser yo tan egoísta que lo arranque de esta felicidad?
- OLIM. ¿Y no habría forma de ocultar que usted ha recibido el telegrama?  
— D. LAUR. En todo caso... Pero, no, no... Comprendo que eso no puede ser.
- D. MAN. Imposible. Es gravísima la situación. Son muchos intereses pendientes de mí. Y que hay que conocer á Pizarroso, y que fijarse en el telegramita que me ha puesto. Lo lee recargando las tintas. «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro.» Una Sociedad industrial de que soy director. «Sociedad en peligro. Junta el lunes.» ¡El lunes, y hoy es sábado! «Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta.—Pizarroso.»
- D. LAUR. Aprieta, aprieta Pizarroso.  
D. MAN. (¿Como que se jugaba el destino!)  
D.<sup>a</sup> ANIC. Saliendo por la puerta derecha como si le hubiera oído el pensamiento. ¿Qué dice usted?

D. MAN. Nada, doña Aniceta. ¿Qué he de decir yo? Lo dice todo este telegrama. Entérese usted.

D.<sup>a</sup> ANIC. Ya lo he oído.

D. MAN. ¡Adiós mis delicias de Valle Sereno; adiós mis madrugones ideales, con este buen amigo de la niñez; adiós mis conejitos amados; adiós mis perros y mis vacas; adiós mis puestecitas de sol; adiós mis partiditas de tresillo!... ¡Ay!

EMILIO Tío, principio y fin quieren las cosas. No se acongoje ni entristezca más de lo justo. Usted proméтанos volver si puede, y usted volverá.

D. LAUR. ¡Claro que volverá! ¿Verdad que volverás, Manolillo?

D. MAN. ¡Sí!

EMILIO Y sobre todo: ¿cuál fué su principal idea al venir á Valle Sereno? ¿No fué la de buscar para mí la salud del cuerpo y la del alma? Pues váyase tranquilo á Madrid, que una y otra las voy recobrando, y aquí me quedo yo dichoso y contento unos días más, por estar entre quien estoy... y por seguir respirando los aires puros de estos cerros y de estos valles, cuyo misterio he penetrado y cuya belleza ha sido mi mejor medicina. Váyase, váyase el tío satisfecho á aquel bullicio de la corte, que aquí queda el sobrino saboreando á su placer la vida del campo, la descansada vida...

*la del que huye el mundanal ruido  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido.*

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, Setiembre, 1907.

Madrid, Febrero, 1908.



## OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

---

- Esgrima y amor**, juguete cómico. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Belén, 12, principal**, juguete cómico. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Gilito**, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (2.<sup>a</sup> edición.)
- La media naranja**, juguete cómico. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El tío de la flauta**, juguete cómico. (3.<sup>a</sup> edición.)
- El ojito derecho**, entremés. (3.<sup>a</sup> edición.)
- La reja**, comedia en un acto. (4.<sup>a</sup> edición.)
- La buena sombra**, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.<sup>a</sup> edición.)
- El peregrino**, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.<sup>a</sup> edición.)
- La vida íntima**, comedia en dos actos. (3.<sup>a</sup> edición.)
- Los borrachos**, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El chiquillo**, entremés. (5.<sup>a</sup> edición.)
- Las casas de cartón**, juguete cómico. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El traje de luces**, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
- El patio**, comedia en dos actos. (4.<sup>a</sup> edición.)
- El motete**, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El estreno**, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
- Los Galeotes**, comedia en cuatro actos. (3.<sup>a</sup> edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- La pena**, drama en dos cuadros. (2.<sup>a</sup> edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- La azotea**, comedia en un acto.
- El género ínfimo**, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
- El nido**, comedia en dos actos. (2.<sup>a</sup> edición.) Traducida al catalán con el título de *Un níu* por Joaquín María de Nadal.
- Las flores**, comedia en tres actos. (2.<sup>a</sup> edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- Los piropos**, entremés.
- El flechazo**, entremés. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El amor en el teatro**, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.
- Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo!** humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

- La dicha ajena**, comedia en tres actos y un prólogo. (2.<sup>a</sup> edición.)  
Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.
- Pepita Reyes**, comedia en dos actos. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Los meritorios**, pasillo.
- La zahorí**, entremés.
- La reina mora**, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Zaragatas**, sainete en dos cuadros.
- La zagala**, comedia en cuatro actos.
- La casa de García**, comedia en tres actos.
- La contrata**, apropósito.
- El amor que pasa**, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
- El mal de amores**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El nuevo servidor**, humorada.
- Mañana de sol**, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
- Fea y con gracia**, pasillo con música del maestro Turina.
- La aventura de los galeotes**, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
- La musa loca**, comedia en tres actos.
- La pitanza**, entremés.
- El amor en solfa**, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
- Los chorros del oro**, entremés.
- Morritos**, entremés.
- Amor á oscuras**, paso de comedia.
- La mala sombra**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El genio alegre**, comedia en tres actos.
- El niño prodigio**, comedia en dos actos.
- Nanita, nana...** entremés con música del maestro José Serrano.
- La zancadilla**, entremés.
- La bella Lucerito**, entremés con música del maestro Saco del Valle.
- La patria chica**, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.
- La vida que vuelve**, comedia en dos actos.
- A la luz de la luna**, paso de comedia.
- La escondida senda**, comedia en dos actos.
- El agua milagrosa**, paso de comedia.
- Las buñoleras**, entremés.

---

**Pompas y honores**, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.

**La madrecita**, novela publicada en *El cuento semanal*.



PRECIO: 1,50 PESETAS





**RARE BOOK  
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
NORTH CAROLINA  
AT  
CHAPEL HILL**

PQ6217  
.T44  
v.17  
no.1-12

